

Corín Tellado

¿POR QUÉ TE CASASTE CONMIGO?



Lawrence Cronwell elevó los ojos y los fijó en el rostro tirante de Clint Smith. Hubo como un destello en los ojos de ambos. Sonó un golpe en la puerta.

La voz de Clint sonó rara, casi cortante, como si afilara el aire.

—No dejes entrar a nadie.

Lawrence se agitó. Dentro de su bata blanca, daba la sensación de que su inmensa altura no menguaba.

MTC - El Mundo de Corín Tellado

MTC surge en la nueva era digital con el fin de que todos aquellos que son o serán hispanohablantes puedan conocer y disfrutar del mayor legado de obras escritas por un autor en nuestra lengua. Corín Tellado es la escritora en español más prolífica de nuestra historia, con más de 4000 títulos publicados y 400 millones de copias vendidas a lo largo de sus más de 50 años como escritora.

Desde los inicios de su carrera y a lo largo de los años, Corín Tellado fue creando su propio mundo que reflejaba en cada una de sus novelas... y eso es MTC.

I.^a edición en esta colección: 2014

Concedidos derechos a favor de Leer-e 2006 S.L

Monasterio de Irache 74, Trasera. 31011 Pamplona (España)

www.leer-e.es

www.corintellado.com

[Corín Tellado en Wikipedia](#)

Texto: © Corín Tellado 1970

Cubierta: © Leer-e 2014

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ISBN: 978-84-9071-112-5

INDICE

INDICE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

Lawrence Cronwell elevó los ojos y los fijó en el rostro tirante de Clint Smith.

Hubo como un destello en los ojos de ambos.

Sonó un golpe en la puerta.

La voz de Clint sonó rara, casi cortante, como si afilara el aire.

—No dejes entrar a nadie.

Lawrence se agitó. Dentro de su bata blanca, daba la sensación de que su inmensa altura no menguaba.

—¿Y si es el doctor Manley?

—Ese... sí.

En el lecho de la silenciosa policlínica, continuaba moviéndose aquella cosa que era una venda en su totalidad.

La voz que salía de aquella cosa, producía en Clint una amargura inmensa.

—No puedo. ¿Qué culpa tengo yo? Dios mío... mamá... mamá... ¿Por qué habrás muerto? ¿Y por qué papá no quiso escucharme? Cary ha muerto, papá. Cary ha muerto... Pensábamos casarnos, papá. ¿Oyes, papá? Maggie, déjame entrar. Papá tiene que oírme. Yo...

Lawrence se tapó los oídos y fue hacia la puerta.

Dudó antes de abrirla.

La voz de la muchacha se oía insistente, débil, cada vez más débil y machacona.

Abrió la puerta.

—Ah, es usted, doctor. Pase, pase. Le estábamos esperando.

—No pude venir antes. Me dieron el aviso cuando me hallaba en una fiesta —hablaba acercándose al lecho. Al ver a Clint le tocó en el hombro—. ¿Lo has hecho todo bien, Clint?

—Lo mejor que pude.

La enferma seguía hablando a media voz.

—Un segundo, Maggie. Sólo un segundo. Déjame ver a papá. Tiene que escucharme. Tiene que comprender. ¿Su honor? ¿No es suyo mi honor? Yo te prometo... Maggie, por el amor de Dios.

Maggie, déjame ver a papá —sin dejar de gritar trataba de incorporarse, pero la mano de Clint la sujetó.

—Quieta, por favor. Estése quieta.

Entre las vendas, el doctor Manley le buscó el pulso.

—Salgamos un segundo, Clint.

—No puedo permitir que venga nadie.

—Una enfermera no, por supuesto. Law ya me explicó el caso por teléfono. Pero una hermana... Llamemos a una monja.

—Le ruego...

—Vamos, vamos, Clint —se volvió hacia el otro doctor—. Law, llame a la hermana Sonia.

—Sí, señor.

—Dígale que venga sola —miró rápidamente a Clint—. Ponle un calmante. Que hable lo menos posible. ¿Diste parte a la policía?

—No tiene documentación.

—¿No la encontraron en el auto?

—No lo sé. La policía estuvo aquí y volvió al lugar del accidente. Es posible que encuentren su documentación en el auto. Volverán pronto.

La enferma, tras un breve silencio, volvió a gritar con voz desgarradora.

—Cary ha muerto. ¿No sabías que Cary iba a casarse conmigo? ¿No lo sabías tú, Maggie? Por Dios, dile a papá que... que... que si no me recibe me mataré. Dile a papá...

—Por favor —cortó el doctor Manley—. Pónle un calmante. Que se duerma y se calle. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Varias horas.

—Eso es una barbaridad. ¿Has averiguado, por lo que dice, qué tragedia es la suya?

—En tantas horas... es obvio.

—De acuerdo. Venid los dos conmigo al despacho.

—¿Dónde están los otros?

—Abajo, en la cafetería. Hemos operado y la hemos traído aquí. Los otros no saben nada de esto...

La hermana Sonia entró en aquel instante.

—Hermana, no se mueva de aquí. Acabamos de darle un calmante. Aún hablará un rato —decía el jefe de equipo, recién llegado—. No permita que entren ni visitas ni enfermeras. Ah, si

viene algún familiar a reclamarla, no permita que la muevan. Estaré en mi despacho con el doctor Smith y el doctor Cronwell.

—Sí, señor.

El doctor Manley miró a sus dos ayudantes.

—Vamos —dijo.

Y él mismo abrió la puerta.

Mudamente, los tres médicos avanzaron por el pasillo.

Clint y Lawrence vestidos de blanco. El doctor Manley aún con su impecable traje de calle.

—Se dormirá una o dos horas —decidió el doctor Manley, penetrando en su despacho—. ¿Cómo está, Clint?

—Muriendo.

—¿Tan grave ha sido?

Clint no respondió. Hizo un gesto muy significativo.

—Mucho —contestó Law por él—. Hemos operado durante tres horas, a vida o muerte. El equipo entero, exceptuándole a usted, estamos de acuerdo en que su muerte es inminente.

El doctor Manley miró a sus dos ayudantes con expresión aguda.

—¿Por qué no me llamaron antes?

—No hemos podido localizarlo, y la muchacha accidentada no podía esperar, señor —contestó Clint—. O la operábamos, o se moría hecha un guiñapo.

—De acuerdo. Tomemos asiento. Cuéntenme lo que ocurrió. Todo lo que sepan de esa muchacha, y qué ha dicho la policía del accidente. Y, sobre todo, qué tragedia la agita tanto.

—Law —ordenó—, antes de sentarte, sírvenos algo. Dispongo de tiempo suficiente para escucharles un buen rato. Deseo saberlo todo. —Law buscó tres vasos y una botella en un estante de la enorme librería que presidía toda una fachada del despacho—. Mi esposa regresará a casa sola, de la fiesta. Mi hijo Ted se reunirá con ella dentro de una hora —consultó el reloj—. Veamos qué ocurrió. ¿Quién habla de los dos? —miró a Clint, siempre tan silencioso y reservado, y después a Law—. Habla tú, Law.

—Sí, señor —le sirvió un whisky—. ¿Con soda, señor?

—Lo prefiero solo.

—Tú, Clint.

—Con agua.

—Yo con soda —dijo para sí.

Y después de servir a sus dos compañeros, se sirvió a sí mismo, y con el vaso entre los dedos, ocupó un lugar en una cómoda butaca forrada de piel negra, ante la mesa, tras la cual se hallaba su jefe de equipo.

—Veamos si lo sabemos todo. Si podemos hilvanarlo. Si me equivoco en algo, o tú has visto u oído más que yo, rectificame, Clint...

—De acuerdo.

—A las diez de la mañana llegó un auto de la policía con esa joven. Por lo que pudimos saber, la muchacha sufrió un accidente en las afueras de Boston. La policía trajo a la mujer accidentada al lugar más cercano. La verdad es que no estábamos seguros de que fuese una mujer. Sólo cuando la tendimos en la mesa de operaciones y Clint empuñó el bisturí, nos percatamos de que no sólo era mujer, sino además muy joven.

—¿Sin documentación?

—Vestía un traje oscuro de pantalón y chaqueta. Yo le calculé los años, pese a las heridas que rasgaban su carne y la sangre que casi cubría materialmente sus facciones. Unos veinte. Tal vez uno más o menos.

—Clint, tú eres buen calculador —dijo mirando al joven cirujano, el mejor de su equipo, a su modo de ver—. ¿Qué edad le calculaste?

—Esa aproximadamente.

—¿Te impresionó, Clint?

—Como ser humano, sí. Como médico, sólo traté de operarla.

—Y opinas...

—Que tendrá vida para dos, tres, seis, todo lo más doce horas.

—Ya me hablarás después del cuadro clínico que ofrece esa muchacha. De momento quiero que me expliquéis los dos lo que habéis averiguado de su delirio.

—Está embarazada.

—Oh.

—Eso es, lo que, según parece, la vuelve loca —dijo Clint—. También hemos podido saber, a juzgar por lo que dice, que su padre, al saberlo, no quiso recibirla.

—¿Y la madre?

—La reclama con ansiedad, pero por sus palabras, parece que ya no vive —adujo Law—. En cambio habla de una tal Maggie.

—¿Su padre casado por segunda vez?

—Eso es lo que hemos venido a colegir, de todo cuanto dice.

El doctor Manley llevó un dedo a la frente.

—Ocurren tragedias así —y de súbito—. ¿Dónde está el novio?

—Tenemos la plena certidumbre de que ha muerto en accidente, hace dos o tres días.

—Eso es más grave.

—También hemos podido comprobar, a través de su delirio, que su terrible obsesión es... el honor de su padre y su propio honor.

—¿La criatura?

—Se ha perdido. En realidad... el embarazo era de un mes o dos. No más.

—¿El nombre del novio?

—Cary.

—¿Cary qué?

—No sabemos —dijo Clint—. Sí sabemos que está enloquecida por el dolor de su padre.

—Pero recuerda —adujo Law— que, por lo que se deduce, su padre no la ha recibido.

—Es tal su obsesión en cuanto a su matrimonio frustrado —adujo de nuevo Clint— que el solo pensamiento de que el novio ha muerto, produce en ella un trauma moral continuo.

Alguien tocó en la puerta en aquel instante.

La voz del doctor Manley dijo con acento hueco:

—Pasen.

Se abrió la puerta y apareció un policía.

Los dos jóvenes médicos se levantaron de un salto.

—¿Han encontrado la documentación?

El policía la mostró.

—La tenía en los retorcidos hierros del auto. ¿Ha muerto ya?

—No, no. Aún no —dijo el doctor Manley—. Oígame... ¿Localizó usted a su familia? Por favor —añadió sin esperar respuesta—. Cierre la puerta. Eso es. Ahora siéntese. Búscales una butaca, Law.

—Gracias, señor.

—¿Han encontrado a su familia?

—Sé de ella cuanto se puede saber, pero no se encuentra en Boston.

—Vayamos con calma. Díganos el nombre de esa joven. La edad, quiénes son sus padres, cuanto sepa del asunto. Ustedes son la autoridad, pero nosotros somos los médicos y debemos dar a la familia una ingrata noticia. La joven se muere sin remisión.

—Lo sabemos —abrió un cuaderno el policía y lanzó sobre él una rápida ojeada—. Le diré todo cuanto sé. Me ha costado averiguarlo. En la mansión de los Lakes no queda más que un jardinero.

—¿Lakes?

—Así se apellida esa joven, señor.

—Lakes, Lakes... ¿No será hija de Dick Lakes?

—El padre se llama... Permítame que lo lea bien. Sí, Richard Lakes.

II

El doctor Manley se levantó de un salto y volvió a sentarse con la misma rapidez.

—Dick Lakes —dijo con sordo acento—. Se ha marchado a Chicago esta misma mañana —miró a sus dos ayudantes—. La persona llamada Maggie, a quien ella llama...

—No la llama, señor —adujo Clint—. Parece detestarla.

—Es su madrastra.

—Ah.

—Oh.

—El novio, cuyo nombre es Cary —dijo el policía mirando a los dos médicos jóvenes— que ustedes me pidieron que investigara, ha muerto anteayer. Lo han enterrado ayer en Boston. Ha muerto de accidente. Estudiaba Económicas y contaba veintidós años. Justos los que cuenta la muchacha accidentada.

—¿La familia de ese joven? —preguntó rápidamente el doctor Manley.

El policía movió la cabeza, al tiempo de ojear su libro de notas.

—No la encontré. Es más, según pude averiguar, carecía de familia. Trabajaba en un almacén de cereales, y a la vez acudía a la escuela de Económicas. La señorita Mildred Lakes —miró de nuevo a los dos jóvenes médicos—, ése es el nombre exacto de la joven que hemos traído aquí esta mañana, se educó en un gran colegio, quedó pronto sin madre y su padre se casó hace cosa de...

—Un año exactamente —cortó el doctor Manley.

—Eso es, señor. Un año. Para la joven Mildred Lakes, fue un golpe tremendo. Conoció a Cary Koster en un auto-servicio y se hicieron amigos. Falta de afecto, la joven se aferró a su nuevo amigo. También parece ser que las relaciones entre padre e hija no andaban muy normales. El padre se enteró del noviazgo de su hija y se lo prohibió rotundamente.

—Sé algo de eso —cortó de nuevo el doctor Manley, y sin transición añadió—: ¿Qué piensa usted hacer?

—¿Hacer?

—Con la accidentada.

—Nada, señor. Levantar el atestado correspondiente y dejarla hospitalizada aquí. Si se muere y nadie la reclama, se le dará sepultura. Eso es todo.

—Gracias, señor inspector.

El policía se puso en pie.

—¿No quiere saber nada más de todo esto?

—Creo que sé todo lo que usted no refirió. Conozco a mister Lakes. Aunque hace bastante tiempo que no nos vemos, siempre fue un buen amigo mío, y no ignoro nada de cuanto con él se relaciona. De todos modos, gracias por sus informes.

—Si usted no tiene ningún inconveniente, me quedo en el hospital, señor. Tengo orden de mis jefes de comunicarles lo que ocurra con esa joven.

—De acuerdo. Puede quedarse. Váyase a tomar algo a la cafetería, y si algo grave ocurre, le llamaremos.

—A sus órdenes, señor.

Clint Smith le acompañó hasta la puerta y cerró cuando el policía hubo salido. Lentamente regresó a su butacón, empuñó el vaso y bebió un largo sorbo de whisky.

—¿Puede explicarnos usted? —dijo Law intrigado—. ¿Quién es ese mister Lakes? ¿Su familia, su hija y todo lo demás?

—Mister Lakes fue un hombre que luchó mucho. Se casó muy joven, amaba a su esposa. Tuvieron esa hija y Alise falleció a poco de nacer la niña. Dick se quedó muy solo. No prosperaba, pese a sus esfuerzos. Mildred y Dick siempre estuvieron muy unidos. La niña creció al lado de su padre, casi se puede decir aferrada a su mano.

—¿No llegó el padre a prosperar?

—De eso lo conozco yo. Un buen día vino a verme a un hospital donde yo trabajaba aquella temporada. Tendríamos apenas la misma edad. Me dio pena de él, es la verdad. Me dijo que tenía un dolor, que estaba desesperado y todo eso que se dice cuando uno está a punto de abandonarlo todo y dejarse casi morir. Me interesó como caso humano, y de repente pensé que aquel hombre, con su buena presencia, su esmerada educación y

su bondad y el amor que profesaba a su hija, podía llegar lejos si se lo propusiera. Y le sugerí la idea de hacerse agente de seguros.

—¿Por qué eso?

—No sé, Clint. Fue como una corazonada. Le ofrecí mi seguro de vida y busqué la ayuda de todos los médicos y auxiliares del hospital, les convencí y convencí a Dick Lakes para que montara una casa aseguradora. Es más —rió con suavidad—, le di mi firma para un préstamo bancario. Aquello le dio mucha suerte. Al cabo de un año poseía una de las casas aseguradoras más importantes del país. Pudo enviar a su hija a un gran colegio. Se dedicó a trabajar con ahínco y hoy es una personalidad.

—Pero se casó.

—Creo que fue un gran error. Se casó con su secretaria hará cosa de un año. No conozco a Maggie. Sé que se llama así, porque Lakes me lo dijo un día que le encontré en una fiesta social. Es decir, cuando lo encontré, aún no estaba casado.

—¿Le devolvió algún día el dinero?

—Nunca le di dinero, Clint. Yo, como tú hoy, no tenía ni un centavo en aquella época. Luchaba. Eso, y admiraba a los luchadores. Yo tenía crédito únicamente, y eso fue lo que le ofrecí. Sí, pagó al Banco centavo a centavo, y antes del plazo previsto para dichos pagos. Es un hombre rígido, no cabe duda, pero tanto como para no recibir a su hija... y disculpar su, digamos, desgracia... me parece demasiado.

—El padre no la recibió —adujo Clint—. De eso estoy seguro. Se nota, sí, a través de todo lo que dice la joven en su delirio, que fue Maggie quien le cerró el camino.

—Tendré que buscar a Lakes en Chicago —miró a Law, ordenando seguidamente—: Pon una conferencia a la agencia que mister Lakes posee en Chicago. La encontrarás en el listín —después miró a Clint—. Seré yo quien se lo diga de viva voz. Es decir, no hablaré de su hija si no es con él.

—¿Oyó hablar de esa persona llamada Maggie?

—Sí —casi refunfuñó, entre tanto Law iba al teléfono cercano a pedir la conferencia—. Es una mujer joven y ladina, según tengo entendido. Habrá que pillar a Lakes, porque si buscamos por intermediaria a su mujer, jamás lograremos comunicarnos con él.

—La conferencia, señor —le gritó Law desde el otro lado del despacho.

—Pásame la comunicación —empezó a hablar en seguida y al rato colgó—. No están en Chicago. Parece ser que se han ido al Canadá. Pide otra conferencia con el Canadá, Lawrence.

—Sí, señor.

En espera de que Lawrence pudiera comunicarse con la agencia de seguros Lakes en el Canadá, concretamente en Montreal, el doctor Manley miró a Clint.

—¿No hay la más leve esperanza?

—Ni la más leve. Un milagro, sólo eso.

—La conferencia, señor.

—Oh.

Habló durante unos minutos.

Colgó y miró a sus dos ayudantes.

—No lo localizaremos en más de un mes, seguro. Han salido de viaje en el yate de unos amigos. Ni saben en la oficina, qué amigos son éstos, ni el rumbo a donde se dirigieron —se puso en pie—. Tendremos que obrar por cuenta y riesgo nuestro.

En aquel instante apareció una enfermera en la puerta.

—Señor, parece ser que la enferma operada esta mañana, la del número siete de la policlínica, se encuentra enloquecida, delirando.

—Vamos... —ordenó el doctor Manley.

Mildred Lakes se debatía entre sus vendajes.

Clamaba por su padre, contaba toda su vida, y gritaba cuando mencionaba su dignidad herida. La muerte de Cary, la falta de caridad de Maggie. El silencio cerrado de su padre.

Los tres hombres que la oían, parecían presos de una tétrica tragedia.

La vivían con ella, y cuanto hacían para apaciguarla, era inútil.

—En una de éstas —decía Clint impresionado— se morirá reventada. Hay que ponerle otro calmante.

—Le hemos puesto tres en menos de cuatro horas, doctor —decía la monja—. ¿No habrá forma de tranquilizarla sin un calmante?

Los tres hombres se miraron.

Era todo inútil. Lo sabían ellos y lo sabía todo el personal auxiliar que asistió silenciosamente a la operación aquella misma mañana.

—Está impresionada por su dignidad —dijo el doctor a Manley impresionando—. ¿Qué podemos hacer?

—No creo que sea posible localizar al padre.

—Pero eso, aun suponiendo que la policía puesta a ello lo lograra, ¿qué evitaría? Lo que más le duele a ella es ese hijo que iba a tener. Yo sé cómo es Dick Lakes. Creo que preferiría ver a su hija muerta que deshonrada.

—Estoy pensando...

Tanto Law como Rex Manley le miraron.

—¿Qué es ello, Clint?

—¿Pueden salir un momento? —Pese a lo que dijo la hermana Sonia, le puso otro calmante—. Está muy mal. En menos de dos horas no pronunciará otra palabra. Salgamos.

Ya en el pasillo, automáticamente, los tres caminaron hacia el despacho del director.

—Tú dirás, Clint.

—Usted es director de equipo. No sé los años que tiene, pero sí sé que está casado y tiene hijos mayores.

—¿Adonde vas a parar?

Clint miró a Lawrence.

—Tú perteneces a la mejor familia del país. O por lo menos a una de las mejores.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Mucho. Siempre estáis supeditados a la opinión familiar.

—No te entendemos en absoluto, Clint.

—Hace sólo quince años, yo era un estudiante de primer curso de medicina. Tenía aproximadamente dieciocho años.

Como guardaba silencio, Law se inclinó hacia él y el doctor Manley le miró a su vez sin parpadear.

—Para mí, la vida nunca fue muy cómoda. Es decir, lo está siendo ahora. Dispongo de un apartamento, de un buen empleo en estas policlínicas, puedo permitirme el lujo de ir a cazar de vez en cuando. Pesco los fines de semana y poseo un auto muy nuevo.

—Sigo sin entenderte.

—Pero hace quince años —siguió Clint impertérrito— trabajaba de mozo en una farmacia. Estudiaba como podía, y nunca olvidé que mi padre fue un médico rural, a quien yo juré continuar. Fui demasiado cómodo y no quise irme a un pueblo. O

tengo más ambiciones, o se me va olvidando un poco la tragedia profesional de mi padre. Nó sé —movió la cabeza de un lado a otro—. No tengo familia. Ni siquiera un primo a quien poder referir cuanto estoy pensando con respecto a esa joven...

—Sigo sin saber adonde vas a parar...

—Me voy a casar con ella.

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¿Qué más da ser viudo que soltero?

—Tú estás loco.

—Es la única forma de que a esa joven se le pase un poco la terrible tragedia obsesiva que sufre.

—Pero tú...

—Ya sé que tú no puedes hacerlo, Law. Aparte de pertenecer a una gran familia, no tuviste tiempo de conocer una tragedia así. Yo he vivido en el sacrificio y sé lo que duelen cosas como ésta o parecidas. Le diré al capellán del hospital, que me case con ella *in articulo mortis*.

—Tú estás loco.

—Me retuerce las entrañas cada vez que la oigo gritar.

—¿Y si no se muere? —gritó a su vez el doctor Manley.

—Se muere.

—¿Y si surge el milagro?

—Bueno ¿qué pasa? ¿Es que no se puede disculpar una cosa de ésas? Si vive... pues me quedo con ella. Y si ella no quiere, ustedes son testigos de que mi matrimonio puede disolverse inmediatamente.

—No puedo permitir esa locura —gritó el doctor Manley—. Y como no deseo oír más sandeces, ahora mismo me marcho —consultó el reloj—. Oh, es muy tarde. Si sucede algo, llámenme a casa.

—Doctor...

—No quiero oírte, Clint. Tienes un bello porvenir por delante. Vosotros dos sois mis hombres de confianza. Siempre pensé que el equipo es cosa importante en estos trabajos. Un día vosotros, uno por cada lado, formaréis un equipo como el mío. Tú, Clint, puesto que has vivido siempre sacrificado, sabes mejor que nadie lo que cuesta triunfar, y sabrás asimismo aprovechar el triunfo

de una forma eficiente y lógica. Un día llegarás lejos. Y yo no quiero ser cómplice de tu amargura.

—Oígame...

—No. Tu bondad te lleva demasiado lejos. No eres responsable de cuanto le ocurre a esa joven.

—Pero puedo remediar su tragedia.

—Mil hombres la pueden remediar y no lo hacen —miró a Lawrence—. ¿Verdad que a ti no se te ocurre?

Law titubeó.

—No..., señor.

—De acuerdo. Olvida tu humanidad, Clint. Si no me llamáis, hasta mañana.

—Señor...

—Hasta mañana he dicho.

Salió pisando fuerte.

Era alto y delgado. Tenía muchas arrugas en el rostro y los ojillos pequeños, pero vivos.

Aún agitó la mano al llegar al final del pasillo.

Clint respiró fuerte.

A su pesar, evocó aquella vez en que la hija de la casa de huéspedes en que vivía, perdió su gato. El se pasó una noche entera buscando el gato o uno parecido, y al cabo de unas horas, encontró un gato callejero y anduvo detrás de él una hora exactamente. Lo pilló y regresó a la casa de huéspedes. Le dio el gato a la hija de la patrona y el llanto de aquélla cesó, y él durmió como un lirón toda la mañana siguiente. Ciertamente que perdió la escuela y recibió una buena regañina del dueño de la farmacia cuando se personó en ella, ya a la hora del cierre, pero siempre estuvo satisfecho de su gran obra.

Además... ¿tanta importancia tenía lo ocurrido a la joven accidentada?

El tuvo una tía. La única que tuvo. Un día le pasó algo parecido a Mildred y se fue de casa... Jamás regresó a ella.

Su padre, muy firme, no le dio entrada, y no se dio cuenta de que, al echarla de casa, él mismo abría las puertas de su hija a miles de hombres. Fue horrible. Es posible que nadie conociera aquella historia excepto él, pues ya médico, estuvo sentado a la cabecera de su tía, oyendo toda su tragedia, hasta que la tía cerró sus ojos para siempre.

—Clint...

—Ah, no te has ido.

—Te estaba mirando. ¿Qué pensabas?

—Eso. Me voy a casar con ella y después se lo diré, y aún le diré más, que puede llamar a su padre y presentarle a su marido.

—Estás loco.

—Tengo sed. ¿Vamos a la cafetería?

—Clint...

—Tú no comprenderías estas cosas, Law. Te has criado en un ambiente donde abundaba todo. No tienes ni idea de lo que es carecer de todo eso que a ti te sobra. Aprenderías mucho. No sé qué filósofo dijo que en la miseria se aprende más que en una Universidad. Con respecto a la vida, se entiende.

—Admiro tu humanidad. Pero en esto...

—Vamos. Hablaremos con el padre Sam.

—¿Es que estás decidido?

—Mildred Lakes fallecerá al amanecer. Tengo pocas horas para ofrecerle la única satisfacción que recibirá en esta vida. Además, siendo su viudo, me cabe la posibilidad de decirle a Maggie algunas cosas.

—Clint.

—¿Vamos a tomar un café?

III

El padre Sam contaba por lo menos sesenta y cinco años, pero su rostro enjuto, su mirada viva, aquel movimiento nervioso de sus manos, le daban menos edad.

En aquel instante, se hallaba en su despacho, mirando a Clint y a Lawrence.

El conocía bien la tristeza y la soledad de la vida de Clint durante todos aquellos años. La lucha que hubo de librar para lograr la posición que ocupaba. También sabía que Law vivió siempre como un ser privilegiado, y entre tanto no se hizo amigo de Clint, la vida particular de Law dejaba mucho que desear. Hubo de hacerse amigo de Clint para romper un poco la barrera que lo separaba de la consideración humana.

—¿Estás seguro de que es eso lo que debes hacer?

—Claro que no, padre. Estoy seguro de que quiero hacerlo.

—Persuádalo para que desista —gritó Law exasperado—. ¿La hemos pillado nosotros bajo las ruedas de nuestro coche? No tenemos más que una leve responsabilidad profesional, padre Sam. Dígaselo así, por favor.

—¿Lo oyes, Clint?

Este movió su rubia cabeza.

No era muy alto. Ni descollaba por su hermosura masculina. Vulgar de aspecto, los ojos azules eran la nota que más llamaba la atención en su rostro algo pecoso.

El padre Sam siempre se imaginaba a Clint niño con las pecas muy pronunciadas, el pelo como una espiga, las ropas desgarradas, los pies descalzos a sus diez años, y los mocos en las narices. Humano y bondadoso, sí, por supuesto. Clint, a juicio del padre Sam, jamás pudo ser un niño maleducado y ruin. Estaba seguro de que, mientras su padre atendía parturientas y cortaba apéndices a su manera, Clint andaba por el pueblo ayudando a todos los niños de su edad que se veían en un aprieto. Curando a los perros heridos, recogiendo gatos vagabundos y limpiando los

churretes de sus amigos lastimados, cuyas heridas vivas seguro que lavaba en el arroyo.

—Padre, ayúdele a comprender que es una tontería lo que va a hacer.

—Todo lo que sea salvar un alma, no es una tontería —adujo el padre Sam muy gravemente.

—Pero, padre...

—Clint —exclamó el sacerdote mirando a su joven y preferido amigo—. ¿Sabes a lo que te expones?

—Lo sé.

—Tú no eres responsable.

—Lo somos todos —dijo con gravedad—. Todos los que, consciente o inconscientemente, hacemos daño. Y muchas veces, los que no hacemos nada, somos tan responsables como los mismos pecadores. ¿Quién no peca? Dijo Dios que quien no lo hiciera tirara la primera piedra. Y nadie la tiró. Esta muchacha disfruta de lucidez a cortos intervalos. Le preguntaré si quiere casarse conmigo en uno de ellos, e inmediatamente me casaré, si ella acepta. Dejaré que muera tranquila. Y, una vez haya muerto, me presentaré en casa de míster Lakes, le veré a él, le diré que soy el marido de su hija y tendré la oportunidad de desenmascarar a esa mujer llamada Maggie.

—Pudiera ser que el padre no deseara conocer la tragedia de su hija, y se amparara en su mujer

—No, Law. Tal como han retratado a míster Lakes... yo te aseguro que ignora todo cuanto de verdad encierra la vida de su hija.

—El doctor Manley dijo...

—Ningún padre prefiere la muerte de su hija.

—Entonces...

—Estoy decidido.

—Siempre te consideraré un poco quijote —exclamó Law furiosamente—, pero no tanto.

—Law —reconvino el padre Sam—. ¿Por qué no dejas a tu amigo que siga los nobles impulsos de su corazón?

—Supóngase que no se muere esa joven.

—Ojalá —rezó el padre Sam.

Law lo miró con fiereza.

Clint tan sólo sonrió, acentuando aún más sus pecas.

—Iré a ver qué le ocurre a la señorita Mildred —farfulló Law.

—Aguarda. Voy contigo.

El padre Sam, silenciosamente, se puso en pie y se dirigió a la puerta, saliendo tras ellos.

—No tenemos tiempo que perder —adujo suavemente, ya en mitad del pasillo—. Yo mismo, cuando tenga un momento de lucidez, le preguntaré si desea casarse contigo.

—Ella no sabe que se desbarató su hijo —dijo Law—. Siendo así...

—Tampoco se lo diremos.

—Clint, ¿quieres engañarla?

—Es nuestro deber de humanidad. Se nota que acaricia la esperanza de criar a su hijo y poner en él todo su cariño, el cariño que los demás le niegan a ella.

—Estás loco —se agitó Law—. Completamente loco.

—Seré un respetable viudo —sonrió Clint con amargura—. Me duele que se muera esa muchacha. Na sé por qué me duele mucho.

Llegaban ante el número siete de la policlínica.

La enfermera salió en aquel momento.

—Ah, iba a buscarles —dijo.

Clint se adelantó.

—¿Qué ocurre?

—Parece dormir plácidamente. Hace cosa de cinco minutos abrió los ojos y miró en torno. Me preguntó quién era y antes de que pudiera responder, quedó sumida en una postración total.

—¿Cómo anda de pulso?

—Débil, señor.

—Entremos —empujó suavemente al padre Sam—. Usted puede irse a descansar un rato hasta que la llame.

—¿No me necesitará, señor?

—De momento, no.

La enferma, a la cual sólo se le veían los ojos, abrió éstos.

El padre Sam empujó a Clint y a Law fuera de la alcoba.

—Un segundo.

—¿No podemos estar presentes?

—No es conveniente.

—Padre.

—No, Law. Hablaré con esta joven. Tú, Clint, si quieres, quédate en una esquina donde ella no te vea... Tengo intención de que puedas conocer un poco a la moribunda con la cual estás empeñado en casarte.

—Están locos los dos—casi vociferó Law.

Clint le asió por un brazo.

—Cállate. Espera fuera.

—Pero, Clint...

—Te lo pido.

Law apreciaba a Clint. Lo apreciaba como nadie en aquel hospital. Lo apreciaba por lo que era y por la ayuda que siempre tuvo con él.

A decir verdad, él no aprendió a ser médico hasta que conoció a Clint, por eso sentía un profundo afecto hacia él.

Fue siempre un niño mimado. El hijo de papá, que estudiaba por deporte. A los treinta años, aún luchaba con el último año, y si lo sacó al fin, fue más bien por dignidad personal. Y si empezó a trabajar en aquel hospital, fue debido a la amistad de su padre con el doctor Manley.

Pero encontró a Clint. Responsable, preocupado siempre por los demás antes que por sí mismo. Al cabo de seis meses eran íntimos amigos, e incluso llevaba a Clint a las fiestas que daban en su casa, con el fin de inclinarlo hacia su hermana Marcela.

Incluso su padre sentía una profunda simpatía por Clint, y no le disgustaba la idea de casarlo con su hija. Pero Clint vivía demasiado para su profesión, y jamás le había oído decir que tenía intención de casarse.

Furioso consigo mismo y contra todos, empezó a pasear por el pasillo, sin preocuparse de que quien cruzaba a su lado, lo miraba con interés y curiosidad.

Entre tanto él medía el pasillo de parte a parte, con las manos tras la espalda y la cabeza inclinada sobre el pecho, en la habitación número siete, el padre Sam y Clint se miraban interrogantes, mientras la joven se debatía entre la vida y la muerte.

—Clint...

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Pero tienes que pensar...

—Ya he pensado.

—Esta muchacha no es el gato de la hija de tu pa trona.

—No.

—¿Por qué entonces?

—¿Por qué no puede terminar tranquila?

—¿Y si no termina?

—Sería una de las pocas veces que me equivoco. Está deshecha. No hice más que poner remiendos por alargar un poco su vida.

Un silencio.

Después...

—Clint...

—Dígame.

—No lo has pensado bien —dijo sin preguntar.

—No.

—Tienes tiempo.

—Lo estoy pensando y cada vez me aferro más. ¿Por qué no hacer una obra de caridad así?

—Dicen que el bien empieza por uno mismo.

—Transmitido a los demás. ¿De qué, si no, vale el bien?

La enferma empezó a moverse.

El padre Sam se inclinó hacia el lecho.

—Mildred —llamó bajo—. Mildred.

La joven abrió a medias sus ojos.

Después, casi inmediatamente, los volvió a cerrar Su voz ahogada susurró:

—No puedo recibir a un sacerdote. Yo... yo... ¡Papá papá!

El padre le asió los dedos.

—Cálmate. Puedes recibir al Señor. Estoy a tu lado para eso.

No temas. Tu padre vendrá.

Clint observó que el cuerpo enfermo trataba de incorporarse.

—¿Ven...drá? ¿Está... seguro?

Su voz sonaba como un silbido.

—Sí.

—No... no vendrá. Maggie se lo impedirá. Yo no pude hablar con papá —parecía de súbito presa de delirio—. No pude. Si yo pudiera explicarle a papá que Cary se ha muerto... ¿No ha muerto Cary?

El padre Sam asió la mano de Clint y tiró de él.

—Mira, Mildred. ¿Ves a este hombre?

No lo veía.

Mildred abría mucho los ojos, pero en aquel momentó no lo veía.

—Este hombre se va a casar contigo.

—¿Qué? ¿Cómo? Papá, papá... Te juro que Cary y yo íbamos a casarnos. Ibamos a casarnos, papá...

—Mildred —rogó el sacerdote—. ¿Estás dispuesta a recibir a Clint Smith por marido?

Mildred los miró como inconsciente. De repente su cabeza se movía una y otra vez, afirmando. Después, sus labios reseco dijeron.

—Sí, sí. Así moriré..; tranquila, y papá no tendrá de qué avergonzarse.

IV

Law daba vueltas en la habitación de su amigo Clint.

Este, tendido en la cama, fumaba un cigarrillo. Tenía los ojos semicerrados y parecía somnoliento, como si no oyera cuanto decía Law.

—Eres un buen cirujano. Dentro de muy poco tendrás clínica propia. ¿No has luchado siempre por eso?

Clint bostezó.

—¿Qué hora es?

—Clint, entiende.

—Te entiendo.

—Tú necesitas hacer un matrimonio brillante. Una chica con dinero y con nombre, que te ayude a triunfar. ¿No entiendes? Claro que mister Lakes es un hombre influyente. Pero su negocio es... ruinoso, comparado con...

—No me interesa el dinero, Law. Siempre viví sin él.

—No te interesa porque no sabes lo que supone.

—¿Qué has hecho tú con tanto dinero y tanto nombre? Ahora es cuando te abres camino —cortó Clint con sequedad—. Y para ello, no te hizo falta el dinero.

—Clint.

—Es inútil, Law.

—Llamé al doctor Manley —gritó Law exasperado— Se lo conté todo por teléfono.

Clint expelió una gran bocanada.

Sus facciones quedaron como difuminadas entre las espesas volutas.

—También lo llamé yo. Pretendo que haga de testigo.

Law se agitó como si le derribaran.

—Yo pretendo que te quite esa idea loca de la cabeza.

—Conoces al doctor Manley como yo. Es un hombre lleno de humanidad. Sólo siendo así se triunfa en la medicina, Law. ¿No te has fijado eso en la cabeza?

—¿Cómo?

—Eso. El que solo piensa en el dinero y en el nombre para triunfar, casi nunca triunfa. Y si lo logras, me refiero al triunfo, te pesa como una plancha, porque nunca podrás decirte a ti mismo que triunfas por tu valía personal. ¿De qué sirve engañarnos a nosotros mismos? Lo esencial es ser sincero con el prójimo, porque solo así podremos serlo con uno mismo.

—Clint, yo había pensado...

—¿Pensado?

Se volvió en la cama.

Law no quería decir lo que acariciaba.

Pero, puestas las cosas así, no iba a tener más remedio.

—Yo pensaba... que un día podrías casarte con Marcela.

Clint se sentó en el borde del lecho y fumó despacio.

Vio a Marcela con la imaginación. Bonita, veinticinco años, muy relacionada, pero... ¿sabría aquella joven valorar su esfuerzo?

En cambio...

¿En cambio qué?

Mildred se moriría.

El sólo pretendía hacer una buena obra.

—Olvídate de eso.

—Es que viudo tal vez no te quiera.

—No pretendo a tu hermana —cortó Clint secamente—. Soy muy amigo tuyo, pero cuando me case, buscaré una muchacha de mi igual.

—Te olvidas de que, yerno de mi padre, podrías montar una clínica...

—Cállate —gritó—. Cállate. Eso no sería más que un favor que añadir a los que debo a muchas otras personas. A mi padre que me ayudó a ser lo que soy con el ejemplo que me dio. Al cura del pueblo, que me logró una beca. Al secretario del Ayuntamiento que me dio los primeros libros. A la vecina, que abrió una colecta para que yo llegara a ser lo que soy. Al boticario, que me dio empleo, y a la patrona, que no me cobraba, siempre teniendo en cuenta que busqué un gato para su hija.

—Clint...

—¿Quieres aún que deba más? Oh, no. Law. Agradezco tu buena intención, pero ahora quiero pagar de una vez, y sé que no lo pago, todo el bien que los demás hicieron conmigo.

—Está muriendo Mildred Lakes —gritó Law—. Pero suponte que no se muere.

—Mejor para ella.

—¿Y tú? ¿Ligado todo el resto de tu vida a una joven que lleva un estigma en su dignidad femenina?

Clint no perdió su ecuanimidad.

Ya conocía a Law.

Sus tremendos prejuicios.

Una lástima que Law tuviera tantos prejuicios.

—Olvídate de lo que pueda ocurrirme a mí casado con esa joven. Pide por su vida.

—Yo sólo trato de evitar por todos los medios, que cometas una locura.

—Es una honra de la que me sentiré, no orgulloso, porque yo jamás me sentí de ese modo. Pero al menos sentiré, eso sí, que hice algo por los demás, en pago a lo que los demás hicieron por mí.

—Eres tozudo. ¿Qué hizo ella por ti? ¿Amar a otro hombre?

—¿No es eso una maravilla?

—Clint.

—Creo que está sonando el teléfono interior.

Asió el auricular.

Al otro lado se oyó la voz del padre Sam.

—Estoy dispuesto.

—Voy.

Colgó.

Miró a Law.

—El padre Sam nos espera. Quiero que tú y el doctor Manley seáis los testigos de mi boda. También estará presente el policía.

—Clint...

—Está decidido. ¿Quieres venir?

Lawrence apretó los puños.

Aún se atrevió a asir del brazo a su amigo.

—Piénsalo.

—Está pensado. He tenido dos horas para reflexionar.

—Pero... ¿qué clase de samaritano eres tú?

—¡Qué importa eso!

—Escucha, Clint.

—Nos está esperando el padre Sam.

—¿No esperas por el doctor Manley?

—Éstoy aquí —dijo la procer figura recostándose en la puerta.

Law se lanzó hacia él.

Lo asió por los hombros.

Intentó decir algo, pero en vista de la quieta mirada que Manley posaba en sus ojos, cerró los labios y permaneció mudo.

—Law, me haces daño en los hombros.

—No entiendo.

—¿Entender?

—Hace dos horas usted no quiso oír hablar de esto.

—En efecto. Hace dos horas. Tres, ¿no, Law? Tres horas. No me fui a casa. Subí a mi auto y estuve dando vueltas por la ciudad.

—Pensando en...

Clint los miraba y oía desde la puerta.

No parpadeaba.

En realidad, él no comprendía la inquietud de Law.

El estaba decidido a hacer algo por aquella muchacha moribunda que no llegaría al amanecer y nada más.

—Doctor Manley, ponga en su lugar a su propia hija...

—Ya está puesta, Law.

—¿Lo consentiría?

—Le haría muchas recomendaciones. Le diría el pro y el contra, pero no trataría en modo alguno de impedirlo.

—Hace dos horas...

—Tres, Law. Hace tres horas justas, yo pensaba como tú. Pero ahora ya no pienso igual. Si Clint quiere tranquilizar una conciencia, no seré yo quien lo impida ¿Vamos? El padre Sam nos está esperando.

—Doctor...

—Vamos, Law. No eres tú el que se va a casar *in articulo mortis*. Es tu amigo Clint.

Law se volvió hacia el mudo Clint.

—Por eso mismo. Yo jamás lo haría. Y trato de impedir que Clint cometa una locura.

Por toda respuesta, Clint y el doctor Manley salieron.

Este último asió a Clint por un brazo. Tras de ellos se sentían los pasos cansados de Law.

—Estuve reconociéndola hace un segundo, Clint.

—¿Sí?

—Tendrá vida hasta el amanecer, no más.

—Entonces apresurémonos.

—Estás decidido.

Afirmó por dos veces.

—¿Por qué lo haces?

—Porque deseo evitar que se muera con ese dolor horrible. Y porque en el fondo también haré un gran bien a mister Lakes.

—No lo haría otro, Clint.

—Yo sí.

—Tú eres médico de verdad.

—No sé lo que soy.

La número siete estaba allí.

Se oía el murmullo dentro.

Cuando ellos abordaron la puerta, el padre Sam se inclinaba hacia la enferma.

—Escúchame, Mildred. Te vas a casar. Cuando tu padre vuelva...

—Yo estaré muerta —decía Mildred en un rato de lucidez—. Pero tendré un marido que me defienda ante Maggie.

—No quieres a Maggie.

—Yo quería que papá fuese feliz. Pero ella... ella nos separó a papá y a mí.

El doctor Manley aún asió de nuevo el brazo de Clint.

—Estás... decidido.

—Sí.

Y entró, seguido del doctor Manley y Lawrence Cronwell.

V

Lawrence Cronwell hacía café en el hornillo que tenía en su despacho particular. Tenía un cigarrillo prendido en la comisura izquierda de su boca y cerraba un ojo a causa de la espiral que ascendía.

No lejos de él, el padre Sam también fumaba un cigarrillo. Se hallaba recostado en un butacón y miraba mudamente la figura inmóvil de su amigo Clint.

Todo era silencio en el hospital.

A media luz, los pasillos, sólo se oía de vez en cuando los pasos de algún médico de guardia, un auxiliar, o los pies casi alados de una hermana de la caridad.

—¿Qué hora es? —preguntó Clint, abriendo apenas los labios.

—Las cuatro.

—Ah.

Law dejó sobre la mesa de su despacho tres tazas y una cafetera humeante.

—Tómate el café, Clint.

—Oh, sí...

—Padre Sam, que se enfría el suyo.

—Es verdad.

Y, parsimonioso, removi6 el café y luego llevó la taza a los labios. Por encima del borde miró de nuevo a Clint.

—¿Por qué no se va a descansar? —preguntó aquél—. Son las cuatro. Lleva usted aquí, con nosotros, más de seis horas.

—A las siete tengo misa —dijo calmoso—. Me iré después —y al rato, tras un embarazoso silencio—. No nos ha llamado la hermana Sonia.

Por toda respuesta, Clint se levantó y tras tomar el café de pie, se dirigió a la puerta.

—Clint —llamó su amigo.

La figura rubia de Clint, aún vestido con la bata blanca, se volvió hacia Law.

—¿Por qué no te marchas? —preguntó quedamente—. No tienes guardia esta noche.

—No sería capaz de dormir en mi casa, sabiendo que aquí se está muriendo tu esposa.

—Si lo dices con ironía...

—Clint.

La voz del padre Sam produjo en Clint como una sacudida.

—Perdón —dijo tan sólo. Y salió presuroso.

—Padre...

—Tú, te callas, Law. Has dicho cuanto te correspondía decir antes de que Clint se casara. Ahora que lo hizo, a mí me parece inadecuado que gastes bromas con semejante cosa.

—Estoy...

—Sé como estás. Pero ni tú ni yo somos nadie para opinar, cuando Clint ha decidido ya su destino.

—¿No ha sido una locura?

—Hace más de seis horas que esperamos que nos llamen anunciándonos la muerte de Mildred —dijo con gravedad—. ¿Quién se acuerda ahora de esa locura que cometió Clint? Además... ¿por qué hemos de considerarlo una locura?

—Atar su vida a una moribunda... ¿no es doloroso?

—Para ti, sí. Para Clint, no, por supuesto. Cada uno tiene su modo de pensar, es como es, y todo lo demás carece de importancia.

Clint entró de nuevo en aquel momento.

—¿Qué? —preguntó el padre Sam.

Lawrence se acercó a su amigo y le tocó en el hombro. Sólo pronunció una palabra.

—¿Ya?

—No —dijo Clint quedamente, con aquella entonación suya tan humana—. Sigue debatiéndose en su delirio. Ni menciona que se haya casado, ni habla de otra cosa que no sea su padre, de su embarazo y de su madrastra. He venido a decirles que me traslado a su cuarto para velarla. Enviaré a la hermana Sonia a descansar.

—Clint... déjame ir contigo.

—No —rotundo.

—¿Por qué no? Soy tu amigo.

Clint se iba.

—Clint.

Desde la puerta se volvió muy despacio.

—Sé que eres mi amigo, Law, y agradezco mucho tu amistad, pero esto es cosa mía, lo hice consciente y estoy dispuesto a velarla hasta el final. No será largo, te lo aseguro.

—Por eso mismo —intervino el padre Sam— permite que Law te acompañe.

Por toda respuesta, Clint movió la cabeza de un lado a otro.

Y sin pronunciar palabra, salió y cerró la puerta tras de sí.

—Yo no lo entiendo —se lamentó Law—. ¿Sabe una cosa, padre? —casi le gritó, inclinándose hacia él—. Es un hombre excepcional, y yo lo tengo hablado en casa miles de veces. Tantas, que mi padre acariciaba la idea de verlo convertido en su yerno. ¿Por qué cometer una locura así? Un hombre como Clint sólo necesita una persona que lo impulse. ¿Se ha imaginado usted a Clint casado con Marcela y convertido en uno de los mejores médicos del país? Es uno de los mejores cirujanos de hoy en día. Lleva en este hospital más de cuatro años haciendo prácticas, y es hoy el día que el doctor Manley le confía el peso de su responsabilidad.

—Eso no indica nada en contra de lo que Clint ha hecho esta noche, Law —dijo el padre levantándose perezoso—. Al contrario, ahí tienes demostrado de lo que es capaz un hombre. Estoy seguro que la persona que es Clint, jamás se casaría para subir en su carrera. Si se lo has dicho así a Clint, has cometido un error.

—Yo soy amigo de Clint.

—Por supuesto, pero os habéis criado en ambientes distintos, y aunque a ti eso te parezca una tontería, a la hora de la verdad significa mucho. Lo que para ti fue un entretenimiento, para Clint costó horas de sueño, lágrimas y contenidas ansiedades. Cuando se ha vivido en tanto sacrificio, querido Law, uno más no importa. Al contrario, se diría que enorgullece, o llena de satisfacción a la persona que lo hace. Quien no ha conocido la necesidad, no tiene el valor de considerar lo maravilloso que es alcanzar algo concreto. El sufrimiento es el yunque donde se aprende a valorar el bien humano.

—Usted es como Clint —se enojó Law—. Apuesto a que un día, Clint acaba profesando en el sacerdocio.

—Eso no. Ojalá fuese así. Pero yo ya sé qué clase de hombre es Clint. Tan humano para hacer el bien a los demás, como para vivir el placer si se le presenta. Hay que renunciar a muchas cosas cuando se ama tanto la vida espiritual. Por ella se renuncia a todo. Clint está en el término medio de la balanza. El samaritano que tiene una docena de hijos, una esposa a quien ama, pero aún le queda amor para todos los demás humanos. Eso sí que, a mi modo de ver, tiene mérito, Law. Buenas noches, hijo. Descansa, vete a casa y regresa mañana cuando te llegue tu hora de guardia. Pero no vuelvas a decirle a Clint que ha cometido una barbaridad.

Llovía.

Enero se presentaba muy frío aquel año.

El doctor Manley entró en el hospital y buscó el hueco del ascensor. Al llegar al primer piso se perdió en las policlínicas.

No fue a su despacho. Ni siquiera al de sus médicos. Se dirigió directamente al número siete y encontró a la hermana Sonia que salía con la bandeja del desayuno.

—¿Quién ha desayunado? —preguntó el doctor Manley un tanto perplejo.

—El doctor Smith.

—¿Ha pasado ahí... la noche?

—Parte de ella, señor.

—Seguimos igual.

—Yo creo que algo mejor.

El doctor movió la cabeza varias veces.

—Gracias, hermana.

Y asomando la cabeza por la puerta que sus dedos empujaban, vio el cuadro que veía todos los días, desde hacía una semana.

A Mildred tendida en el lecho con los ojos cerrados y convertida en una venda. A Clint con un libro en las manos, al pie de la ventana, cómodamente perdido en un ancho sillón, buscando el rayo de luz mortecina que entraba por las rendijas de la persiana.

—Clint.

Este se puso en pie rápidamente.

—Señor...

—Ven.

—Sí, señor.

Y caminó hacia la puerta sin una vacilación. Apretó la mano que su jefe le tendía y miró en torno.

—Aguarde un segundo. La hermana Sonia no tardará en volver.

Como cruzaba el pasillo una enfermera, el doctor Manley la detuvo.

—Jane, haga el favor de quedarse en el número siete hasta que llegue la hermana Sonia. Si la enferma recobra el conocimiento o necesita más suero, por favor, llámeme a mi despacho.

—Sí, señor.

—Vamos, Clint.

Este aún miró a Jane.

Nadie en el hospital ignoraba ya lo ocurrido. Desde hacía una semana, se esperaba de un momento a otro que la esposa del doctor Smith falleciera. Vivía a base de suero. Se le inyectaba seis veces al día, y su postración era tal, que, debido a la fiebre que levantaban las heridas, se suponía que por mucho que viviera, la vida de aquella joven sería cortísima.

Se hacían muchas cábalas entre el personal del hospital. Desde las policlínicas, hasta el más ínfimo rincón de la sala de caridad.

Pero nadie ignoraba las causas por las cuales el mejor médico de la policlínica, se había casado con la accidentada.

—La inyección de antibióticos —dijo Clint antes de seguir a su jefe— le corresponde a las once de la mañana. Por favor, no la inyecten ustedes. Yo volveré, y si no volviera, búsqenme.

—Sí, doctor.

—Gracias.

Se alejó con el doctor Manley.

—¿Ha sabido algo?

—¿De los Lakes?

—Sí.

—Nada. He vuelto a llamar a las agencias de Chicago y Montreal. Aseguran que no tardará en regresar el yate de mister Tomson. Es el dueño del yate que invitó a unos amigos, entre los cuales se encontraban los Lake...

—¿Ha dicho usted...?

—Nada.

—Mejor.

El doctor Manley cerró la puerta y se quedó mirando a Clint fijamente.

—¿Qué opinas?

—¿Opinar? ¿De qué, doctor Manley?

—Estás a su lado todo el tiempo que puedes. ¿Qué es para ti?

—Un paciente a quien operé.

—De acuerdo. Te creo. Pero dime, como médico, ¿qué opinas de esa prolongación de vida que todos consideramos fallida, hace justamente una semana?

—No morirá.

El doctor Manley cayó sentado en una butaca.

—¿Estás... seguro?

—Por supuesto.

VI

Hubo como un silencio embarazoso.

Clint lo rompió para decir quedamente, de aquella manera suya siempre impenetrable y acompasada.

—¿Pido un café para usted, señor?

—Déjate de cafés —vociferó el doctor Manley—. No te comprendo. Que me zurzan si te comprendo. Hace una semana eras un hombre soltero. Libre, feliz...

—También soy libre y feliz ahora, señor.

—¿Acaso con una mujer a la cual ni siquiera conoces? Bien está que lo hicieras en el momento en que ella se moría. Yo no lo haría jamás, desde luego, pero admití que lo hicieras tú. Y de repente, me dices, como médico, que esta muchacha no se morirá. ¿Qué vas a hacer, Clint?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Ella se casó conmigo *in articulo mortis*, señor, pero estoy seguro de que lo ha olvidado por completo, y sólo lo recordará si se lo dicen.

—No obstante, ha quedado más tranquila desde entonces. No ha vuelto a gritar por su padre o por su madrastra.

—Sigue gritando de vez en cuando, pero no se sabe lo que dice. De todos modos, ése no es el caso. Usted me pregunta qué voy a hacer cuando esa joven pueda salir de su actual coma.

—Y tú opinas que saldrá —atajó casi a gritos.

—Estoy seguro, señor. Es fuerte. Ha resistido lo peor. Hemos hecho milagros para salvarla. No podía pensar en mí mismo cuando puse mis cinco sentidos en su salvación. Pensaba en ella y en ella sigo pensando. Tiene derecho a vivir, ¿no es eso? Nadie me obligó a casarme con ella, por tanto, el día que pueda comprender, yo mismo le contaré la verdad, y después... que obre según le acomode.

—Suponte por un segundo, que le acomoda vivir contigo.

—Vivirá —dijo Clint impertérrito.

—Eso es una locura. Escucha, Clint...

—¿Le pido un café, señor?

—Déjate de cafés y escúchame. No estás obligado a nada. Permíteme que, cuando sea, le hable yo. Le diré lo que has hecho y por qué lo has hecho. Y, una vez restablecida, se procederá a la anulación de ese absurdo matrimonio.

—Lo esencial es que ella salga de aquí por sus propios pies, y es lo que voy a conseguir. Después... ya se arreglará eso. De todos modos, seré yo quien le hable cuando recupere el conocimiento.

Fue inútil.

Nadie convenció a Clint para que declinara aquel hacer a los demás. Ni a Law, ni al padre Sam, ni a su jefe.

Durante más de quince días lucharon con él. Clint operaba en los quirófanos. Se preocupaba por todo el mundo. Hacía favores a los demás, y siempre, cuando tenía un momento libre, iba a visitar a «su mujer». Contra todo pronóstico módico, a Mildred se le retiró el suero una semana después. Iba recuperándose. Hablaba poco. Descansaba mucho y no parecía recordar nada en absoluto, de cuanto provocó su delirio y cambió el destino de su vida.

Una mañana, el padre Sam se personó en el número siete antes de que Clint pudiera aparecer por allí. Lo sabía en el quirófano, operando, y el padre Sam tenía muchos deseos de conocer pormenores de la vida de Mildred, porque apreciaba a Clint como si fuese algo suyo, y le dolía haber contribuido a aquel desatino.

—Buenos días, Mildred —saludó el padre entretanto.

Ya no había vendas en su rostro.

Quedaban algunas cicatrices bajo la oreja, pero apenas si adulteraban la pura belleza de su semblante.

—Buenos días —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Cuándo te han quitado las vendas?

—Hace un rato —dijo la hermana Sonia, que andaba por allí curioseando las cosas.

—¿Quién se las quitó?

—Una enfermera.

—¿Lo sabe... él?

—No, por supuesto. Hubo un accidente muy aparaloso aquí cerca, padre. Están todos los médicos en el quirófano desde las cuatro de la madrugada. Son muchos los heridos. Parece ser que se despeñó por el barranco un autobús de excursionistas estudiantes.

—Vaya por Dios. Pobres muchachos... —arrastró una silla y se sentó a la cabecera del lecho—. Has quedado muy bien, Mildred. Te diré que he venido aquí muchas veces —miró a la monja y le hizo una seña, de modo que aquélla dejó la habitación y cerró tras de sí—. ¿No recuerdas mi rostro?

—Sí, padre.

—He venido infinidad de veces.

—Tal vez le confunda —dijo Mildred con la misma suavidad algo confusa aún por la debilidad que sentía—. He visto tantas caras... —y después, inclinándose apenas en la cama—. Menos la de mi padre.

—Ah...

—¿No ha venido?

—Creo que no sabe nada.

—Lo sabe. Lo sabe —se obstinó—. Pero no viene. ¿Sabe? Quiero confesar.

El padre Sam sonrió.

—Has confesado ya, Mildred. Por eso yo te hablo como si te conociera de toda la vida.

—Sabe...

—Sé.

Cerró los ojos.

Dejó caer la cabeza hacia atrás.

Tenía las dos manos cruzadas en el pecho y el sacer dote pudo observar que le temblaban perceptiblemente

—Cary ha muerto.

—Ya.

—Estoy sola... Papá nunca se personará.

—¿Querías mucho a Cary?

—Fue el único que comprendió y me dio ternura y afecto.

—No te acuerdas de nada cuanto te ocurrió durante el tiempo que estuviste entre la vida y la muerte.

—No. Verle a usted, sí. Y a otros médicos.

—¿No tienes un rostro fijo en tu mente, más que otro?

—No. Es decir, sí. Un señor de cabellos rubios... Sí... sí, sé que tiene pecas.

—Es Clint Smith.

—Un médico.

—Por supuesto. Uno de los mejores cirujanos que tenemos en el hospital. Tiene una vida muy sacrificada. Vive para la medicina. Llega a estas policlínicas a las nueve de la mañana, y sale a las diez o las once, cuando, como esta noche y otras muchas no duerme aquí.

Ella no respondió.

Se diría que no oía al sacerdote. Que seguía obsesionada por el recuerdo de su padre, de Maggie y de Cary.

—No sé a dónde iré cuando salgas de aquí.

El padre Sam iba a decirle... «Estás casada. Ya Clint se encargará de ti.»

Pero la figura de Clint se recostó en aquel instante en la puerta.

—Clint —murmuró el padre Sam levantándose.

Los ojos de Clint eran duros. Su boca se apretaba.

Hubo un cambio de miradas. El padre Sam se dirigió a la puerta.

—Padre...

En la forma de llamarlo, el sacerdote se detuvo en seco. Sin volverse, murmuró:

—No lo he dicho. Pero tú tienes el deber de decirlo.

Y salió sin esperar respuesta.

Clint permaneció un segundo firme en la puerta cerrada.

La enferma tenía el rostro vuelto hacia la pared, y ni por un segundo se le ocurrió girar la cabeza al sentir la voz del padre Sam, la puerta que aquél cerraba y la voz del recién llegado.

Clint avanzó tras unos segundos de vacilación. Vestía pantalón gris oscuro y un jersey de lana negra, bajo la bata blanca corta hasta las rodillas.

—Buenos días, Mildred —saludó.

La joven volvió la cabeza.

Clint parpadeó.

—Te han quitado los vendajes.

—Esta mañana, señor.

—Soy Clint Smith.

—Ah.

Sólo eso.

Tenía los ojos color violeta. El cabello muy negro, lacio, enmarcado un rostro de facciones irregulares, pero muy atractivas.

—No di orden de que te quitaran los vendajes.

—No sé, señor. Han venido... me los quitaron. Me siento casi bien. ¿Cuándo puedo salir de aquí?

Clint arrastró una butaca y se sentó junto al lecho, con las piernas un poco abiertas, una de sus manos reposando en una rodilla y la otra como caída a lo largo del cuerpo.

—Mildred, debo de hablar contigo.

—¿Por qué? ¿Es referente a mi padre? ¿A Cary?

—Amabas a Cary.

—Es posible.

—¿No estás segura?

—Señor... ¿por qué tengo que hablar de mí misma? Quiero salir de aquí cuanto antes.

Clint no era un fumador empedernido.

Pero el cigarrillo le sentaba bien cuando estaba nervioso.

Por eso, en aquel instante, casi instintivamente, llevó la mano al bolsillo superior de la bata y extrajo una cajetilla.

—Permíteme que fume —dijo.

Y su voz tenía como un matiz confuso.

—¿Dije muchas cosas de mí? —preguntó ella ahogadamente—. Sí, seguro. ¿Conoce usted mi vida? Tengo la idea de haberlo visto en torno a mi lecho muchísimas veces.

—Por supuesto.

—Sabe...

Y notó la terrible ansiedad que se reprimía.

Clint inclinó la cabeza asintiendo.

Metió el cigarrillo en la boca y lo dejó como olvidado, consumiéndose solo.

Y como un poco tonto, preguntó de modo raro:

—¿Te... molesta el humo?

Mildred sacudió la cabeza.

No respondió. Sus dos manos se aferraron a las ropas del lecho con nerviosismo.

—¿Qué dije? ¿Qué sabe de mí?

—Todo.

—Mi... mi... —se le estrangulaba la voz—. Mi hijo...

Clint respiró fuerte.

El estaba preparado para todo. Desde muy niño aprendió a comprender a los demás. Pero jamás estuvo en un momento tan difícil como aquél.

Súbitamente se inclinó hacia ella.

La miró muy de cerca. Con aquella suavidad suya que apabullaba un poco. Mildred se agitó en el lecho, oprimió la ropa y ahogadamente preguntó:

—Mi hijo... Iba a tener un hijo. Usted... lo sabe.

—Sí.

—¿Qué... qué pasó?

—Se desbarató todo con el accidente, Mildred.

—Oh.

Y su cabeza cayó hacia atrás, y Clint pudo ver como dos lágrimas se filtraban de sus bellos ojos.

—Yo lo quería sin haber nacido —dijo, vuelto el rostro hacia la pared—. Yo le aseguro que... le quería Cary ha muerto. ¡Cary!

—¿Tanto le amabas?

—¿Tanto? ¿Quién me dio ternura más que él? Mi padre se casó. Usted sabe eso. Si eso me ha enloquecido, tuve que decirlo mil veces en mi delirio —se volvió de repente—. ¿No es cierto?

—Lo... es.

—Me da vergüenza —gimió ella ingenuamente—. Me da mucha vergüenza.

Clint sintió por ella lo que mil veces sintió por sus amigos, los perros callejeros, los gatos de la hija de la patrona.

Inclinóse hacia ella y la tocó en el hombro.

—Todos tenemos cosas, Mildred.

Ella le miró abriendo mucho los enormes ojos.

—¿Qué importa eso? Claro que todos tienen cosas, pero cada uno tasa y lamenta las suyas.

—No debe ser así. Recuerda la fábula.

—¿Qué importa eso? Yo estoy sola... Sola... Sola. Cuando salga de aquí, me ocurrirá otra cosa. Muerto Cary. Desbaratado el niño... ¿Qué importa todo?

—Eres joven.

—¿No es eso un tópico? Soy joven. ¿Quién es joven? Me siento vieja, señor. No trate de consolarme. Mi padre se ha enamorado de Maggie. Yo quería a Maggie. ¿Sabe? Era casi mi amiga. Yo tenía cosas. Como usted dice, ¿quién no tiene cosas? Se las contaba a Maggie. Iba a la oficina de papá y se las contaba todas. Maggie me consolaba. Pero un día debió de consolar a papá tan bien, que se lo llevó. Me lo arrebató.

—No tienes derecho a juzgar a Maggie porque se haya enamorado de tu padre.

Mildred respiró fuerte.

Sus dedos largos, de uñas bien cuidadas, de una suavidad casi transparente, debido a su debilidad, tirando de ella, hasta que la arrugó casi bajo la barbilla.

—Mildred.

—No quiere a papá. La persona que quiere a otra, siente ganas de querer a todo el mundo. Es una forma bonita de transmitir el placer de vivir, de sentir la felicidad.

—En eso opino como tú. Hay que quererse siempre. Quererse mucho unos a otros. Pero el amor hace egoísta a la gente.

—Yo quería a Cary. Le quería, estoy segura, y sin embargo, sentía el vacío que papá dejaba en mi vida.

¿Iba a llorar?

Era una chica sensible.

La mano de Clint fue hacia la de ella y se la oprimió con suavidad.

Mildred dobló la cabeza.

En aquel instante entró la hermana Sonia.

—Estaba muy excitada, hermana. Le inyecté un calmante bastante fuerte.

—¿Se lo ha dicho, doctor?

Clint meneó la cabeza.

—Entré a decírselo, pero...

—No lo hizo.

—No.

VII

Estaban los dos sentados en un rincón de la cafetería.

Se sentía el agua caer, y a través de los anchos ventanales, se apreciaba la lluvia pegando fuerte en el césped y maltratando los arbolillos recién plantados.

—¿Qué vas a hacer?

Law siempre empezaba así para hablar de aquello.

—Podrá salir de aquí la semana próxima.

—A tu casa.

—Sí.

—Mira bien lo que haces, Clint. Si no la sacas de aquí, todos somos testigos de que el matrimonio no se consumó. Si la llevas, jamás podrás justificarlo.

—La llevaré a mi casa —decidió.

—Clint.

—¿Quieres callarte? En menos de un mes has pronunciado mi nombre cientos de veces, sin decir nada.

—Es que no me dejas decirte...

—No lo hagas, es mejor.

—Escucha...

En aquel instante se oyó un chasquido en el amplificador y la voz suave, pero gangosa de la hermana Sonia.

—Doctor Smith, doctor Smith, preséntese en las policlínicas, por favor. Número siete, doctor...

Clint se puso en pie como un autómeta.

—Hace frío —comentó a lo tonto. Y con brusquedad apuró el contenido del vaso que le presentaba el camarero.

Lawrence echó a andar tras él.

—Oye, Clint. ¿Quieres... que se lo diga yo?

Clint lo miró entre agradecido y asombrado.

—¿Qué podrías decir tú? Hay algo de lo que yo no me evado jamás. De mi responsabilidad personal.

—Déjame ir contigo.

—Prefiero que te quedes. Buenas tardes, Law. Te veré después.

—¿Te espero aquí?

—No. En mi despacho. Arriba, en las policlínicas.

Echó a andar sin esperar respuesta.

Caminó con paso seguro y firme.

Pero no se sentía tan firme ni tan seguro como aparentaba.

Y lo curioso era que no sabía quién tenía la culpa.

Al dejar el ascensor caminó con menos firmeza.

¿Cómo reaccionaría la joven?

¿Qué diría?

¿Echaría a correr? ¿Huiría de aquel hospital y de su lado?

A mitad del pasillo se encontró con el doctor Manley que se iba a su casa, después de una dura jornada de trabajo, enclavado en un barrio residencial de Boston. Podía irse, sí, y tenderse en el canapé de la salita, y cerrar los ojos. Cerrar a la vez el cerebro y pensar, únicamente, que todo estaba como antes. Que él era un hombre solo y casi feliz, que no tenía demasiadas preocupaciones.

Súbitamente pensó en su padre. En las veces que le vio levantarse al amanecer y sobre su caballo o a pie, irse a casa de su cliente, que la mayoría de las veces no tenía más allá de un vulgar dolor de tripas.

—Clint...

—Ah —murmuró—. Me acaban... de llamar.

—No se lo has dicho aún.

Negó mudamente con la cabeza.

—No he logrado localizar a mister Lakes. Dime tú, si cuando logre localizarlo, puedo decirle que su hija está casada con uno de mis mejores amigos y colaboradores.

Clint asintió con un breve movimiento de cabeza.

—Te voy a decir una cosa que seguramente te repitió Law miles de veces en estos días. Ya sabes como están las cosas. Estás a tiempo, de rectificar. Nadie esperaba este desenlace. Es decir, como médico, jamás imaginé que Mildred Lakes pudiera sobrevivir. Como ha ocurrido así, yo te digo ahora: Si la llevas a tu casa, y, dado el cariz del asunto, no podrás demostrar que el matrimonio no se consumó. Piénsalo —le palmeó la espalda—. Piénsalo mucho, Clint. Se pueden hacer grandes cosas por el

prójimo, pero no sacrificar para siempre la propia vida. Piénsalo bien.

No esperaba respuesta.

Se iba repitiendo como obstinado:

—Piénsalo, piénsalo.

Pero echó a andar hacia el número siete de aquella planta.

Al empujar él la puerta, la hermana Sonia apareció portando una bandeja con restos de merienda.

—La señorita Lakes ha despertado, señor. Se encuentra perfectamente.

—Gracias, hermana.

—Si necesita algo...

—De acuerdo —atajó con suavidad.

La hermana Sonia se deslizó por la puerta, cerrando tras de sí. Clint tardó una fracción de segundo en lanzar el pie hacia adelante.

—Me siento bien, doctor —dijo Mildred con aquella voz suya suave y cálida—. Creo que puedo salir de aquí uno de estos días.

—¿Probaste... a levantarte?

—Desde hace cuatro días, doy paseos por la alcoba. He podido peinarme y hasta calzarme sola. Me siento muy bien. Creo que he dormido unas cuantas horas. ¿Fue usted quien me inyectó el calmante?

Clint no respondió en seguida.

Arrastró una silla y se sentó junto a la cama.

—Doctor... ¿por qué está usted siempre pendiente de mí? No recuerdo más que dos rostros. El de la hermana Sonia y el suyo.

—Si me permites —dijo por toda explicación— te cuento una vieja historia familiar.

—¿Suya?

—De los míos. Una tía llamada Sofía.

Mildred emitió una risita casi juvenil, dentro de la terrible gravedad de su semblante.

—Si ello le consuela...

—Me gustaría hacerlo.

—Pero no me contestó, doctor.

—Creo que esa historia muy breve que te voy a contar, será por sí sola una respuesta a tu pregunta.

—Entonces hágalo. Me intriga todo lo que está pasando aquí. Soy una enferma sin dinero. Sé que hay una sala para enfermos pobres, de caridad. Y, sin embargo, yo me encuentro en las policlínicas, es decir, donde se paga. ¿Con qué voy a pagar yo?

—No necesitarás pagar.

—¿Quién paga por mí?

—Yo.

Mildred casi se agitó en el lecho.

Su voz sonó ronca, rara, como vibrante.

—¿Usted? ¿Por qué?

—Te voy a contar una historia...

Mildred cayó de nuevo sobre la almohada y cerró los ojos.

Sus dedos, como aquella misma mañana, se crisparon en las ropas del lecho. Pero su voz sonó algo hueca para pedir.

—Cuenta... cuenta esa historia...

VIII

—Mi abuelo no pensó en el daño que le causaba. Aquello quedó grabado en mi mente como un estigma. No sólo la marcha de mi tía, sola, con aquella pesadilla suya, que no era más que fruto de un amor mal comprendido. La muerte de mi abuelo desesperado, clamando por su hija, a quien nadie fue capaz de encontrar. Pero yo me hice un hombre y un día encontré a tía Sofía. Era... eso —hizo un gesto vago—. Lo que deja una cerilla al caer encendida sobre un barril de dinamita. Yo velé su sueño. No tenía nada ni nadie a su lado, excepto yo... Le cerré los ojos y le di sepultura, voy al cementerio y pongo sobre aquel montón de tierra unas flores frescas. Es como rendir un último tributo a la mujer que empujaron los demás al desamparo y la desesperación.

Guardó silencio.

Mildred se agitó en el lecho y miró en torno como si buscara algo, pero Clint sabía que no buscaba más que una simple y corta respuesta.

—Sigo sin comprender su historia, señor. Salvo, la afinidad que conmigo tiene el pasado de su tía. ¿Puede ello aclarar el por qué me paga usted la clínica, y el por qué asimismo, está siempre pendiente de mí?

—Te voy a llevar a mi casa cuando salgas de aquí.

Mildred quedó casi incorporada en la cama.

—Papá —susurró—. ¿Por qué me sometes a esta humillación?

Clint inclinóse tanto hacia ella que casi la rozó con sus labios.

—Mildred... me he casado contigo cuando estabas muriendo.

Mildred lo miró con espanto.

Después cayó hacia atrás, con las dos manos apretadas en la boca.

—Mildred... mil veces estuve aquí esta última semana para decírtelo. Pero... no me atreví.

Mildred abrió los ojos muy despacio.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Clint se levantó y aplastó los brazos a lo largo de su cuerpo.

—No lo sé. Lo hice. Recordé a mi abuelo, a tía Sofía. Quise que un día, si te morías, pudiera yo presentarme ante tu padre —de repente emitió una risa larga y rara—. No sé por qué lo hice. En realidad, tú no sabes cómo pienso yo. ¿Por qué vas a saberlo? Si tienes un poco de paciencia... comprenderás algún día el por qué. Y tal vez me consuele saber que me lo explicas tú. Yo... —sacudió la cabeza— no lo sé. Sé únicamente que lo hice, que no me pesa haberlo hecho, que te ofrezco mi casa y mi apoyo... Sólo eso...

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntaba ella bajo, como si se interrogara a sí misma. Y después, más bajo aún, como si todo se agitara en ella—. Se lo agradezco. Oh, sí. No sabe de qué forma se lo agradezco. Pero usted lo hizo creyendo que yo iba a morirme, y estoy viva. Y siento esa ansia de vivir natural en el ser humano joven. La siento. No quisiera sentirla, pero la siento. Una fuerza rara dentro de mí —lo miró con desesperación—. Doctor...

—Clint Smith —dijo él quedamente.

—Doctor Smith, ¿qué puedo hacer yo a cambio de su bondad? ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no me dejaron morir? Sola. Yo quería estar sola. Le aseguro...

Iba a llorar.

Clint sintió la necesidad de oprimir sus dedos, de tranquilizarla, de hacer cualquier cosa por disipar aquella amargura íntima que ella exteriorizaba.

—Mildred... a mí no me pesa. No sé por qué, no me pesa.

—Pero yo... ¿qué debo hacer yo?

—Vivir en mi casa.

—Y darle a todo el resto de mi existencia una pesadilla. ¿No sabe cómo soy?

—Lo sé. Te conocí a través de tu delirio. Fue algo que...

—No, no, doctor. No iré a su casa. ¿Qué mayor ventura para mí, que hallar un hogar, cuando creí que no tenía nada? Pero no. ¿Qué derecho tengo yo a perturbar su vida?

—Yo quiero que la perturbes, Mildred.

—Señor...

—Llámame Clint. Vamos a ser buenos amigos. Entrañables amigos. Sin amor, Mildred. Sin el tuyo, porque, mucho o poco, perteneció a otro hombre. Sin el mío, porque toda la vida busqué

el amor verdadero y no apareció jamás ante mí, y no me voy ahora a aferrar a una piadosa mentira sentimental. No. Pero... podemos vivir los dos. Tú cuidando mi hogar. ¿No sabes? Yo apenas tuve hogar. Mi madre falleció pronto. Mi padre era médico rural... Yo tenía mocos y duros los pies, callosos de andar descalzo, porque mi padre vivió demasiado entregado a los demás, y se olvidó de que tenía un hijo.

—¿Qué derecho tengo yo a perturbar la belleza espiritual de su vida, doctor?

—Te lo pido yo.

—¿Y yo?

—¿Tú?

—¿Qué daré yo a cambio de su desprendimiento?

—No lo sé. Nada. Vivir. Eso nada más. Vivir. Tú misma lo has dicho hace un instante. «Es bello vivir.» Pues estás viviendo.

—A costa de tu sacrificio.

—Olvídate de mi sacrificio. Me casé contigo. Eres mi esposa. Debo velar por ti.

—Doctor...

—No, no —dijo él como cansado—. Clint. Llámame así.

—Clint —repitió Mildred deletreando las sílabas— Clint...

Y se quedó como si le dieran un soporífero.

Smith se inclinó hacia ella.

—Dentro de unos días podrás volver... a casa. A mi casa. A tu casa.

Mildred se volvió hacia él.

Tenía los ojos brillantes. La boca entreabierta.

Estaba bella. Pero tal vez más que eso, seductora.

—Doctor... Perdón, Clint. ¿Por qué? ¿Tengo yo derecho a una tranquilidad en su hogar? ¿Lo tengo? No lo tengo...

Y sus dos manos se prendieron en el rostro, conteniendo apenas los sollozos.

—Mildred...

—Déjeme ahora.

—Es que tienes que pensar en ello. Y aceptarlo.

—Yo sí. ¿Qué más puedo desear? —casi gimió—. ¿Pero usted? ¿Usted por qué se casó conmigo? ¿Por qué? ¿De qué me conoce? ¿Por qué?

—Es que no sé por qué —dijo Clint.

Y era sincero.

En aquel mismo momento lo sabía menos que nunca.

Incluso en su mente se alzaba como una interrogante.

Una muda interrogante a la cual nadie podía darle respuesta, y él lo sabía.

—¿A mi casa?

—A la nuestra, y que sea lo que Dios quiera.

Hacía frío.

El doctor Manley bajó el cuello del gabán al pene trar en el edificio del hospital.

Subió los pocos escalones que le separaban del ves tíbulo, cuando encontró a Clint Smith.

Se detuvieron uno junto a otro.

—Se lo has dicho —dijo el doctor sin preguntar.

Clint asintió.

—Ayer —dijo con voz vibrante—. Cuando me des pedí de usted.

—¿Y bien?

—Voy a mi apartamento.

—¿Con ella?

—Aún no. Es posible que dentro de tres días pueda llevarla.

—No desistes.

—Cada día menos.

—¿Vamos a tomar una copa al bar? Tengo la garganta seca. Vengo de ver un cuadro desastroso. Una joven madre que se muere sin remisión.

—¿Lo ve?

—¿Ver, qué?

—De lo poco que sirve vivir. De lo inútil que es luchar contra el destino.

—¿Qué hubo en tu vida que así ayudas a los desamparados?

—Yo fui un desamparado. Y agradecí siempre una simple sonrisa. No olvidé jamás la ayuda que me prestaron los demás, y sólo yo sé lo que para mí significó esa ayuda. Pienso que, para los demás, mi ayuda tiene que hacerlos felices como a mí me hizo.

El doctor Manley le palmeó el hombro.

—No sé lo que pasará después —dijo quedamente—. Pero sí sé que mereces ser feliz. Dime, Clint, dime por favor. Si tú te enamoras de esa muchacha...

—La aceptaré con todos sus defectos y todas sus virtudes.

—Eso es una falta de egoísmo total.

—Seré así.

—Pasa. Tomaremos un café. Te admiro mucho. No sé cuándo empecé a admirarte. Creo que cuando empecé a conocerte.

—Gracias, señor, pero... no merece la pena que usted me admire. Ya ve cómo son las cosas. Yo sí que le admiro a usted.

—Además eres humilde. Me apabullas. Ojalá la hija de Dick Lakes sepa comprender el marido que el destino le deparó. Ojalá sepa verte al desnudo, tal como eres.

El no se consideraba un virtuoso.

¡Oh, no!

El era un pecador como todos los demás hombres.

Mil veces se despojaba de su ropaje humilde y se iba con Law y vivía...

Cierto que al día siguiente se sentía hastiado, cansado de todo, de sí mismo, del placer vivido, de aquel amor falso que le juró muchas veces una mujer desconocida.

No era un santo ni mucho menos.

—Clint...

—Sí, señor.

—¿Estás decidido?

Asintió con un breve movimiento de cabeza.

—Entonces...

—Saldrá del hospital pasado mañana, rumbo a mi casa.

—Dos whiskys, Jim —pidió el jefe de las policlínicas.

Al instante tenían los dos vasos delante.

—Bebe, Clint.

—¿Me compadece?

El doctor Manley le miró largamente.

No contestó en seguida.

Tenía tanto que decir.

Pero sólo dijo:

—Te admiro, pero no me lo hagas repetir.

Clint bebió el contenido del vaso de un solo trago.

—Clint.

—Dígame, señor.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada.

—¿Nada?

—Sólo desearme suerte.

—¿Qué pasará si te enamoras de ella? ¿Si ella no responde a tu aspiración masculina?

—Se lo diré.

—¿Y si ella no te amara?

—Renunciaré y buscaré otra.

—Te será difícil.

—No.

—¿No?

—Usted me conoce y Law también y el padre Sam. Si yo les digo que el matrimonio no se consumó, ustedes me creerán.

—Es tu lema.

—Es mi verdad.

—Tienes razón —suspiró el doctor Manley con suavidad—. Yo creeré en ti, aunque me estés confesando que mataste a tu mejor amigo. Yo siempre creeré en ti.

Era un consuelo.

Poco tal vez para muchos. Para él, total.

Por eso luchó en la vida. Por conseguir el prestigio que correspondía a toda su entera personalidad masculina.

IX

—Por aquí —dijo Clint serenamente—. Tengo el auto fuera.

La cosa que era Mildred Lakes miró en torno con desaliento.

Sólo la hermana Sonia estaba allí, y sus pequeños ojos la animaban. Ella quisiera decir un montón de cosas. Mil cosas que sus labios no atinaban a pronunciar. Por eso los cerraba fuertemente. Y, tras lanzar aquella mirada en torno, que nada expresaba, mudamente apretó los dedos de la hermana Sonia.

—Valor —susurró ésta con ternura—. Vamos, Mildred. Va usted bien acompañada.

Allá, en la puerta, manteniéndola abierta, esperaoa Clint.

No había nadie por los pasillos, ni por aquella parte podía toparse con persona alguna, pues, dada la hora que era, las diez de la noche, todo el personal estaba comiendo, y los que hacían su guardia, no paseaban por aquella parte.

—Salga por ahí —dijo bajo la hermana Sonia—. El doctor la llevará a casa.

Mildred respiró fuerte.

Vestía un modelo que el mismo Clint pidió a una tienda, erguida sobre sus zapatos, con el cabello negro suelto, no muy largo, resultaba Mildred Lakes de una belleza pura y clásica, dentro, a la vez, de los cánones de la vida actual.

Esbelta y femenina, más femenina que bella en realidad, Mildred se sentía en aquel momento como acorralada.

Mil veces en el transcurso de aquellos últimos días, pensó huir. Hacer como tía Sofía, la mujer que se convirtió en un barril de dinamita debido a la incomprensión de su padre. Pero ella... ella tenía una ayuda, un apoyo, y era lo que más dolía. Que la persona que le ofrecía su apoyo, y toda su persona, supiera punto por punto, lo que fue su vida hasta aquel instante.

La habían dado de alta aquella misma tarde. Era lógico que dejara el sanatorio. Y lógico asimismo que buscara una salida a su vida absurda.

Pero no creía merecer la solución que le daban. Un hogar. Una ocupación, un compañero...

Ya estaba junto a Clint.

—Vamos —dijo él serenamente—. Por aquí.

—Doctor...

El la empujó hacia el ascensor. Le palmeó el hombro con suavidad y cerró la puerta del elevador, apretando el botón de descenso.

—No me llames doctor —dijo con grave acento—. Me pones una barrera por medio. Quisiera —añadió con tenue sonrisa— llegar a tu comprensión lo antes posible. ¿No puedes?

—¿Poder?

—Ser más normal. Estamos casados. Lo que pensemos los dos de este matrimonio, poco importa. A mí me da la sensación de que ambos nos parecemos mucho, y, siendo así... vamos a procurar llevar la vida lo mejor posible —y aún añadió antes de que ella respondiera—. Si al cabo de un cierto tiempo no nos hemos comprendido lo bastante para ser felices juntos, pediremos la anulación. Es decir, demostraremos que nuestro matrimonio es nulo.

—Yo no puedo hacerle feliz jamás a usted.

—Qué sabes tú.

La empujaba hacia el vestíbulo.

Nadie se fijó en ellos.

Por aquel ascensor salía y entraba gente durante toda la tarde y toda la mañana, y aún por la noche. Por eso ellos salieron como otros muchos durante el día. Claro que, en vez de atravesar el vestíbulo, el doctor Smith empujó a su compañera por una puerta excusada, hacia el interior de un jardín que sólo visitaban los médicos y algún auxiliar, pero no a aquella hora.

—Tengo aquí mi auto...

Conducía él.

La sentía respirar a su lado.

Era más joven de lo que pensó. Podía seguir teniendo los veintidós años que ponía su documentación, pero aparentaba muchos menos. Era delgada y menuda. Esbelta. Tenía la mirada violeta, límpida y los cabellos lacios, juveniles, un poco echados hacia la cara.

Las dos manos cruzadas en el regazo se entrelazaban con fuerza, lo cual indicaba su alta excitación de nervios, que ni ella misma, con su fuerte voluntad, lograba dominar.

Quisiera decir un montón de cosas para tranquilizarla, pero Clint, cosa rara en él, no sabía decir ninguna. Como si se le trabase la lengua.

—Aún no sabe nada de mi padre —dijo ella de súbito, sin preguntar, pero sí interrumpiendo los pensamientos masculinos.

Clint sacudió la cabeza.

Cruzaban ante un foco inmenso de un cine espléndido, cuyas luces, se diría iluminaban con más precisión las pecas del rostro apacible de Clint.

—No, nada. Pero no soy yo quien lo busca.

—¿No es usted?

—Es el doctor Manley. El te lo dirá.

—Le gustará a papá saber... que estoy casada.

El auto enfilaba una larga avenida residencial.

—Al final de esta calle, tengo mi casa —dijo Clint, como si pretendiera disipar los pensamientos que atormentaban a Mildred.

—Dígame, por favor... ¿qué le dirá a mi padre?

—Ah, no sé. ¿Tengo que decirle algo especial?

—Papá sabía... porque Maggie no se lo habrá ocultado... lo que a mí me ocurría hace escasamente dos meses.

—Han transcurrido ya —cortó él—. Ahora empieza una nueva vida. Y, por favor, trátame de tú. Te lo pido.

—No... puedo.

La miró un segundo.

Apartó los ojos, porque la dirección del auto ocupaba por fuerza su atención visual.

—Tendrás que poder... Es... algo que te impongo como un deber.

—Es lo que duele.

—¿Doler?

—Debiera obedecerle. Debiera..., pero no puedo. Es superior a mis fuerzas, me da vergüenza. Me produce un inmenso dolor. Quisiera borrar del mundo algo concreto. Lo mío, y empezar en este instante, y poder ofrecerle todo lo que usted merece.

—Olvídate de eso.

—¿Cómo?

—Entregándote al presente.

—Es tan fácil decir... Lo fue cuando me fui de casa. Cuando conocí a Cary... Cuando Maggie le dijo a papá que yo andaba con Cary y papá me llamó a su oficina... Yo nunca pensé que papá se pusiera así conmigo. Era mi mejor amigo, y de repente, aquella mañana... lo vi como un enemigo odioso. Fue horrible.

—¿No pudiste... dejar a Cary? ¿Tanto le amabas?

Mildred descruzó los dedos que tenía en el regazo y los cruzó de nuevo hasta crisparlos.

—Eso es lo terrible. Si mi padre me hubiera hablado de sí mismo, de su ternura hacia mí. De mi comprensión para él. De la necesidad que tenía de verme en casa... Pero papá sólo habló de Cary, de su falta de clase, de sus estudios llevados a trancas y barrancas. De su falta total de dignidad.

—¿Era indigno Cary?

—No era indigno. Era un buen chico. Estudiaba y trabajaba y cuando sufrió el accidente, yo hubiera querido morir con él. Pero papá no habló de sí mismo ni de mí, y me sentí más sola que nunca.

—Fue... cuando te aferraste al cariño de Cary.

—Fue.

El auto se detuvo.

—Es aquí —dijo riendo, como si no recordara cuanto ella había dicho de su antiguo novio—. Mira, tienes cerca el supermercado. La tienda de comestibles. Incluso un club femenino para ayuda de la joven necesitada.

—Yo soy de esas jóvenes.

—Ahora, no —cortó él algo secamente—. Me tienes a mí. Tendremos que ayudar a esas jóvenes. Como médico que soy, tengo mi prestigio, y todos aceptarán a mi esposa.

—Pero yo...

—Lo que dentro ocurra entre los dos, nada dice en el exterior, donde serás mi esposa. Tendrás que asistir a esas reuniones, tendrás que decirles... que estás dipuesta a ser una más en ayuda de los demás.

X

Miró en torno.

Sus ojos inexpresivos tuvieron como un deste'lo incontenible.

Aauello sí, era un hogar. Pero ella había tenido ei que compartió con su padre montones de años. Y era más bonito que aquél. Él apartamento del doctor Smith era sencillo, comfortable, sí, pero casi pequeñito. Iba de un lado a otro guiada por Smith, y se sentía, como nunca, fuera de lugar y cohibida.

—Te gusta.

—Es acogedor —dijo con un hilo de voz.

—Mira. Esta es la cocina. Pequeña, pero no le falta nada. Yo apenas la uso. Como por ahí. Ahora, no. Vendré a comer a casa. Puedes contratar una mujer para que te ayude. Hay agencias a las que sólo basta llamar, para que te envíen a elegir un montón de sirvientas. Mira, éste es un dormitorio. El tuyo. Aquí está el salón. Es enorme. La pieza mejor de la casa. Hay, desde un televisor, a una chimenea y una biblioteca y confortables sofás y sillones. Aquí me paso yo la vida en mis días libres. Me gusta estudiar y leer. A veces estudio hasta el amanecer. Otras, leo simplemente la Prensa o una obra interesante que me cuesta dejar. Por esa puerta vas al *living*. Una pieza muy acogedora, donde yo como cuando no tengo ganas de salir en mis días libres y pido la comida a la cafetería de enfrente. Por este corto pasillo —iba diciendo un poco aturdido, como si le intimidara tener una mujer en su apartamento— se va a mi despacho. Es pequeñito y no creas que lo uso mucho, porque como no recibo visitas, me quedo en el salón con mis zapatillas, mi batín, mi vaso de zumo de limón. Casi nunca bebo alcohol. Por aquí se va a mi cuarto. Ya no hay más. Un baño en cada habitación y nada más.

Era suficiente.

También ella, como él, se sentía intimidada. Como si estuviera volando por el aire miles de días y de repente arribara a un lugar sólido, donde podía poner los pies con firmeza.

—¿Te agrada?

—Sí. ¿Por qué se casó conmigo? —preguntó.

—Ya lo dije. Por Dios, adáptate a la nueva vida. Olvida los por que. ¿Acaso se puede contestar a ellos? ¿Por qué yo soy médico? ¿Por qué falleció mi madre tan joven? ¿Por qué mi padre, afanoso de su profesión, se olvidó de que tenía un hijo que iba descalzo por las calles? ¿Por qué, si yo lógicamente debiera detestar la profesión de mi padre, estudié para ser como él, avasallando todos los inconvenientes que surgían a mi paso? Es la interrogante muda de la vida de cada uno —y sin transición—. Duerme, Mildred. Acuéstate. Piensa que ésta es tu casa. Olvida a tu padre, que ya tiene mujer. Olvida al hombre muerto con el cual pen sabes compartir tu vida. Piensa que el destino, o quien sea, te puso otra vida delante. Vívela.

—Sacrificándole a usted.

—Eso, no. Yo vivo como quiero vivir. Buenas noches, Mildred.

Aquella noche estuvo a punto de huir.

Se levantó temprano.

Puso un modelo de mañana... también comprado por él, y se cerró en la cocina. Hizo café. Preparó unas tostadas. El zumo de limón y a las siete, cuando lo oyó caminar por el cuarto, se decidió a llamar a la puerta de la alcoba de Clint.

—Sí —respondió la voz somnolienta.

—El desayuno, señor.

—Oh —respondió Clint como si hasta aquel instante olvidara que tenía una mujer en su apartamento—. Ahora voy. Pero por favor, vete dejando a un lado eso de «señor».

Regresó a la cocina.

Todo estaba en orden.

La bandeja con el desayuno de Clint, dispuesta. Por eso la asió entre sus manos y se fue con ella al *living*.

Clint apareció casi en seguida. Mojado aún el pelo, del baño reciente. Vivos los ojos azules. Más pronunciadas las pecas...

—Qué bien huele. Oye... ¿quién te enseñó a cocinar?

La miraba.

De arriba abajo.

Fresca, bonita. ¿Bonita? No, no era bonita. Tenía la nariz respingona, las facciones irregulares, pero su conjunto tan femenino casi apabullaba a uno.

—Mi padre no siempre fue rico —y al rato, mostrando un sofá—. Temo que también ahora deje de serlo. Gasta demasiado.

—Olvidalo —rió él sentándose y desplegando la servilleta—. Si se arruina por su gusto... —se alzó de hombros, y de súbito, olvidando a mister Lakes—. ¿Y tú? ¿Has desayunado tú?

—Tengo tiempo.

—En modo alguno. Hazlo a mi lado. Ve a buscar tu bandeja y comparte el contenido de la mía.

—Señor.

—No, no, no. Clint a secas y de tú. No volveré a contestarte si me tratas de usted y me llamas señor o doctor.

La vio desaparecer y no quiso volver a insistir.

No la vio aparecer de nuevo con la bandeja, pero sintió como un algo alado la presencia de la mujer en el hogar, y ello, contra todo y contra todos, le emocionó profundamente.

Al terminar se levantó dispuesto a marcharse.

—Mildred —llamó.

Casi en seguida, como si fuera su perrito faldero, la muchacha apareció ante él.

Firme, casi rígida.

—Así, no —dijo Clint enojado—. Así... no llegaremos nunca a nada. ¿Sabes una cosa? Yo voy a intentar amarte.

Mildred retrocedió pegándose a la pared, junto a la puerta de la calle.

—No me mires así —exclamó Clint más enojado aún—. No trato de coaccionarte ni de aprovecharme de una situación. Voy a tratar, y soy bien sincero al decirlo, de que me ames.

—Señor.

—Clint —gritó—. ¿No me has oído? No tengo genio. O si lo tengo, es razonable, y sólo lo saco en contadas ocasiones. No me hagas tú sacarlo ahora. Te pido, te suplico, te ruego, que me llames por mi nombre de pila y me tutees.

—Es que...

—No me digas lo que es. Te entiendo. Tal vez a mí me resultó raro tratarte de tú, pero lo hice. Estamos juntos. Para los efectos de todos, somos marido y mujer. No puedes tratarme en casa de usted, porque luego, en la calle, lo harás sin darte cuenta, y al referirte a mí, no dirás mi «esposo», mi «marido» o «Clint». Dirás el señor o doctor, y me dejarás en ridículo. Por otra parte, no te

olvides que, quien no se habitúa a comer en casa correctamente, usando los cubiertos con educación, un día se ve sentado en un gran comedor ajeno, y los usa como si estuviera en su casa, porque no sabe hacerlo de otra manera.

—Sí.

—¿Estamos de acuerdo? —y sin transición, buscando el gabán en el perchero—. Vendré a comer. Nunca vengo, pero estando tú, vendré.

Mildred, presurosa, le ayudó a ponerse el abrigo y le entregó el sombrero.

—Me gusta estar casado contigo. Ya ves, no soy capaz de disimularlo. Me gusta tener el hogar y me gusta desayunar en casa, no buscar el rincón inhóspito de una cafetería de la calle. ¿Entiendes? Me gusta tener las zapatillas a punto y mi batín, y los periódicos sobre la mesa del *living* —los mostró—. Eres muy inteligente, Mildred. Y sabes lo que le agrada a un hombre.

—Mi pasado, señor.

—¿Lo hacías con... él? —preguntó desconcertado.

—No, por supuesto. Me refiero a su amor por mí. Al que dice desear sentir.

—Tu pasado es eso. ¿No lo dice la misma palabra? Pasado. Yo no vivo de pasados. Yo vivo del presente y del futuro. Nunca cometería el error de cimentar mi vida en un pasado que, una vez pasado, carece de toda importancia y toda lógica.

—No te importa...

—No lo sé —cortó abriendo la puerta—. Te aseguro que no lo sé. De momento, sólo me importa lo que estoy viviendo, y me gusta vivir así. Buenos días, Mildred.

Y con la mayor naturalidad, se inclinó hacia ella y la besó por dos veces en la mejilla.

Mildred se menguó.

El la miró con asombro.

Pero Mildred no se dio cuenta de que se miraba a sí mismo. De que aquel beso, dado con naturalidad, le perturbaba tanto o más que a ella.

—Volveré a comer —dijo de prisa.

Se cerró la puerta.

En menos de dos horas transformó el hogar. Salió después y regresó una hora después, cargada de cosas, de flores, de búcaros.

Gastó todo su dinero.

El que ella conservaba aún en el fondo del male tin, y que aún le duraba cuando falleció Cary y sufrió el accidente.

Cuando a las tres de la tarde oyó el llavín en la cerradura, quedó como menguada en la cocina.

La mesa estaba puesta en el *living*.

Los búcaros llenos de flores.

El vestíbulo luciendo una alfombra de colores muy armoniosos...

—Mildred —le oyó gritar—. Mildred...

XI

Apareció ante él, cuando Clint miraba en torno sin quitarse el abrigo.

—¿Qué es esto?

—¿No... le... te gusta?

El rió.

Una risa abierta.

Una risa íntima.

Una risa feliz.

—Me gusta. Pero me gusta más que aprendas a tutearme. Oye... ¿sabes que se me olvidó darte dinero? Dirás que soy un tonto. Me acordé cuando esta mañana estaba cortando un apéndice en el hospital. De repente quedé con el bisturí en alto y Law... ¿te hablé de Law?

—No.

—Es mi mejor amigo. Pues Law me miró asombrado. Debió de pensar que encontraba por lo menos un cáncer con mil tentáculos. Yo me eché a reír y dije como un estúpido infantil. «No le di dinero a Mildred para la compra.»

Era así.

Encantador y sencillo para todo.

Por eso ella, en el fondo de su ser, le admiraba tanto.

—No importa —dijo suavemente—. Tenía yo dinero.

—Oh, no. Te lo voy a reintegrar ahora mismo —metió la mano en el bolsillo y extrajo un sobre—. Toma. Es mi sueldo. Eso sí, tienes que alargarlo para todo el mes. Cobré hoy.

—No quiero.

—¿No... quieres? —miró en torno de nuevo—. ¿Y estas flores? ¿Y esta alfombra?

Mil hombres, ocupados como él, entrarían en su casa y no se fijarían en las variaciones. Clint era distinto. ‘Nada le pasaba inadvertido. Era el hombre que, sin ser un Adonis, toda mujer sencilla y normal desea tener por marido.

—Yo tengo dinero para mí. Trabajo extra muchas veces y cobro a medida del bolsillo del cliente. Aún podré regalarte alguna cosa —y como si dijera bastante, colgando el abrigo y dando vueltas por la casa—. Demonio, todo está diferente.

—Me gusta.

—Pero es mucho trabajo.

—Los hombres casi nunca consideran trabajo el desarrollado por las mujeres.

Clint sacudió la cabeza y consultó el reloj.

—Dispongo de dos horas escasas, y va transcurrida media. A las cuatro y media tengo una cita con Law y el doctor Manley. Te diré a tu comentario anterior —añadió sin transición— que yo no soy como los demás hombres. Y no es vanidad. Es que soy justo y me gusta dar a cada cosa lo suyo. ¿Cómo? ¿Me sirves a mí y no te sientas tú?

Mildred aún lo dudó, pero Clint, correctísimo, atento, cautivador dentro de su misma naturalidad, se puso rápidamente en pie y retiró la silla de la joven.

—Por favor...

Mildred se dejó caer en la silla y como un autómata desplegó la servilleta.

—Veamos —dijo él sentándose e imitándola—. Cuéntame lo que has hecho además de dar vuelta a esta casa. ¿Has salido?

—Sí.

—¿Qué te dijeron? En este barrio me conoce todo el mundo.

—Nadie me preguntó nada.

—Un día, mañana, que es mi día libre, saldré contigo a comprar y te presentaré. Te atenderán mejor, porque yo, cuando me necesitan, también los atiendo. Igual me llaman al hospital, que me levantan de mi cama, aquí.

Mildred no dijo nada.

Sirvió a Clint y se sirvió a sí misma.

Empezó a comer, más apabullada y aturdida, que con apetito.

—Mildred...

—Sí.

—¿No te sientes a gusto?

Levantó vivamente la cabeza.

—¿Puedo... no sentirme?

—No sé.

—Me abruma.

—No me has tratado de tú.

No podía.

Por mucho que se lo proponía, no era capaz.

Bajó la cabeza, y Clint comprendió que estaba aturdida y violenta en una situación tan desconcertante.

Cosa rara, él no se sentía desconcertado ni alterado. A él le parecía que toda la vida había vivido con ella, y se sentía satisfecho de sí mismo y de todo cuanto estaba viviendo.

Al cabo de un sensible silencio, Clint murmuró.

—Parece ser que tu padre ya conoce tu situación actual.

Levantó vivamente la cabeza.

Sus ojos violeta brillaron.

—¿Lo... sabe?

—Está en el Canadá. Según el doctor Manley, que habló con él, tu padre recibió una gran alegría al saber que te habías casado. No preguntó con quién.

—Oh.

—Pero el doctor Manley se lo dijo, silenciando, al menos de momento, las causas y tu... accidente.

—El sabe que Cary falleció.

—Sí. Supongo que sí, si tú se lo dijiste a tu madrastra.

—Se lo dije.

—Olvídate de eso. Si tu padre viene a verte, y tendrá que venir, porque tú no irás a verle a él, le hablaré yo.

Lanzó una mirada sobre el reloj.

—Oh... es tardísimo. Tengo que irme.

—¿Vendrá... a cenar?

—Vendré, y si no pudiera venir, te llamaba —le apuntó con el dedo enhiesto—. Pero cuidado. Hay que aprender a tratarme de tú.

Se iba.

Pero ya desde la puerta, se volvió rápidamente.

—Hasta la noche.

La miró de cerca. Inesperadamente, con aquella naturalidad suya que apabullaba a Mildred, le asió el mentón con la mano y acercó su rostro. La besó en los labios levemente.

Mildred sintió en seguida la puerta de la calle, y, automáticamente llevó los dedos a los labios besados...

Law iba tras él.

—Te digo que dan una fiesta en mi casa.

El tenía la suya.

—Clint, mi padre me dijo...

Clint se volvió con cierta brusquedad.

—¿Le dijiste que estaba casado?

Law parpadeó.

—No creo en tu matrimonio.

—Pero vivo con mi mujer —farfulló Clint enojado—. Excúsame.
Hoy me voy a dormir a casa.

—Con tu mujer.

Clint quedó envarado.

¿Con Mildred?

No se le había ocurrido.

Y de repente sintió como un cosquilleo en las sienes y los pulsos. ¿Con Mildred? Hasta aquel instante, él no pensó en Mildred como mujer. Como mujer de placer para él. Y de súbito...

Sacudió la cabeza.

¿Estaba loco él o lo estaba Law?

—Clint, te desconcertaste, y tú no eres fácil de desconcertar.

No estaba desconcertado.

Es que había pensado una cosa que jamás le pasó por la mente.

Era su esposa.

¿No lo era?

Volvió a sacudir la cabeza.

—Mañana es mi día libre —dijo roncamente— y pienso descansar hoy y mañana.

—Te esperan en mi casa.

—Diles la verdad.

Era seco su acento, como si vengara de ese modo la inquietud que de pronto nacía en él.

—Clint.

No quería oír a Law.

Tenía bastante con su propio problema. Tampoco tenía nada contra la familia Cronwell. Nada en absoluto, pero si un día decidía formar una familia, por supuesto que no sería con Marcela Cronwell. Era mona Marcela y vistosa, y moderna, pero... ¿Tenía cualidades suficientes para ser una buena esposa?

Lo dudaba.

Estaba demasiado acostumbrada a poseerlo todo y jamás una mujer así podría valorar la bonita necesidad de lo que un ser humano precisa para ser feliz. ¿Dinero? El vivió siempre sin él, hasta que fue médico y por mediación del doctor Manley entró en el hospital, donde continuaba. Y siempre fue feliz. Feliz al levantarse de la cama y no poseer ni un centavo para comer, pero el hecho de buscarlo, producía en su ser una ilusión que en modo alguno podrían conocer jamás personas como los Cronwell.

—Oye...

Se iba.

La voz de Law se alteraba un poco.

—Clint —casi gritó—. ¿Es que te has enamorado de ella?

Clint se detuvo.

No se volvió.

Quedóse mirando al frente con expresión viva. ¿Se había enamorado de Mildred, realmente? No era tan difícil. Al menos para él, que jamás tuvo cariño verdadero junto a sí, ¿por qué no?

Pero no.

Sacudió la cabeza.

Y cuando quiso darse cuenta, tenía a Law frente a él.

—Clint... ¿es posible?

—¿Posible, qué?

—Que te hayas enamorado de Mildred. ¿Es que para ti no cuenta nada su pasado?

Respiró fuerte Clint.

Muy fuerte.

Como si todo el aire de la noche fuera insuficiente para dar vida a sus pulmones.

—¿No tengo yo pasado? ¿Y tú, y todos? Unos lo decimos, y los más lo callan. Pero todos tenemos pasado de esta o aquella índole. ¿Y... sabes? No debe importar el pasado. No cuenta. No debe contar. Sólo el presente y el futuro. Lo demás... ¿Acaso se resucita a un muerto? Es pasado. Se acabó. ¿No es eso? Se le olvida. Igual que se olvida a un muerto querido, se puede olvidar el pasado de la persona que amas.

—Pero...

Le agitó la mano delante del rostro. Una tibia sonrisa distendió el cuadro de sus labios.

—Pero no —dijo insistiendo—. No. No estoy enamorado de ella. Vivo a gusto. Me gusta vivir así... No me preguntes por qué. Buenas noches, Law.

—No irás a la fiesta de mis padres.

—No.

Y caminó pisando fuerte. Muy fuerte. Como si se sintiera más seguro de sí mismo que nunca. Pero no se sentía. En él empezaba a germinar una pesadilla, una inquietud...

XII

En el trayecto del hospital a su casa, serenó su mente.

Law era tonto.

Hacía cada pregunta...

Claro que no iría a la fiesta. Estaba cansado. ¿Era vulgar? Pues sería vulgar, pero lo cierto es que prefería la apacible serenidad de su casa, a los grandes salones de los Cronwell. Prefería sus zapatillas, su batín, un libro, una sesión de televisión... Un silencio... Una apacible velada, aunque fuese solo.

Introdujo la llave en el agujero y la hizo girar.

Olía a hogar. A comida. A perfume...

Era su casa. ¡Su casa! ¿Cuándo tuvo él una casa? Nunca, jamás. La suya, de su padre, era también de todos. Después, la fonda. Más tarde el hospital y luego aquel apartamento. Pero jamás olió a su casa, a intimidad...

—Mildred...

Su voz era un poco ronca.

La figura femenina apareció allá al fondo del pasillo. Vestía una falda azul y un suéter desabrochado, hasta casi el principio del seno, de un azul muy claro. Un delantal de flores, muy femenino, que se quitaba precipitadamente en aquel instante.

—Estaba... dando los últimos retoques a la comida. La mesa está puesta en el *living*...

—Buenas noches —saludó él confuso.

Y nunca lo estuvo.

Se dio cuenta de que, de repente, después de oír la pregunta de Law, le producía como una cortedad estar junto a Mildred.

—Buenas —dijo ella.

—¿Has salido?

—No.

—¿Todo el día en casa?

—Todo.

—¿Qué hiciste? —colgaba el abrigo en el perchero y el sombrero. Se acercaba a ella, hacia la cocina—. ¿Cómo pudiste pasar sola estas horas?

—No sé. Estuve aquí. Arreglé algunas cosas. El armario estaba lleno de trajes sin cepillar.

Ya se hallaban los dos en la cocina que comunicaba con un corto *hall* con el *living*.

Clint miró en torno.

—Es bonito.

—¿Bonito?

—Todo —rió nervioso—. Todo.

Y aunque lo mataran, en aquel momento no sabría decir qué era lo que tan bonito le parecía.

Todo, tenía él razón. Desde la frescura de la muchacha, hasta el suelo, que parecía un espejo, la mesa primorosamente puesta, el ramo de flores que la presidía y los cubiertos, todos en el sitio correcto.

—Mañana tengo libre —dijo—. Podré levantarme temprano e ir contigo de compras.

—No está bien para un doctor.

El rió.

Se acercó a ella, que manipulaba en el fogón eléctrico.

—Ante todo soy un hombre. Un esposo. Y me gusta que todo el mundo lo sepa.

La vio temblar perceptiblemente al sostener la bandeja.

—Permíteme que la lleve yo.

—No, no... —y después, como si pretendiera disipar no sabía qué—. ¿Ha sabido algo más de papá?

—Nada. Pero tú sigues tratándome de usted. Vamos, aprende. Dime de tú. Mañana saldremos juntos... y quiero que te acostumbres.

No era fácil.

Ella veía las cosas cada vez peor.

¿Qué sentía?

Una profunda turbación. No podía evitarlo. Toda la tarde tuvo en los labios el aleteo de los suyos. Nunca sintió aquello. Ni siendo novia de Cary. ¿Acaso se enteró ella alguna vez de sus relaciones con Cary? Era un refugio. Algo que se necesitaba para

respirar vida. Pero... esto era muy distinto. Se sentía dentro. Calaba, dañaba y causaba un placer infinito.

Y, a la vez, una profunda y extraña tristeza.

Como si tuviera al alcance de la mano un montón de dicha y tuviera miedo tocarla, y alguien, invisible o visible, se lo impediría.

Clint había logrado quitarle la bandeja de la mano, y él mismo, con aquella sencillez tan suya como las pecas, y su cabello de espiga, la portaba hacia la mesa del *living*.

—Dime, Mildred, dime así: «No he salido, Clint. ¿Has sabido algo de mi padre?»

No era fácil.

Iba a hablar, pero se le trabó la lengua.

Clint apremiaba frente a ella.

—Vamos, vamos, Mildred. ¿Qué cosa te entró a ti?

—Es que...

—No es nada. Veamos cómo lo dices.

—Clint... —parpadeó, su voz sonaba ahogada—. ¿Has sabido algo de mi... padre?

—Eso es. ¿Ves qué fácil?

No era fácil.

Para él escucharlo, lo sería. Para ella decirlo, no.

—Sentémonos, Mildred. Comamos los dos. Mañana —repitió de nuevo, como si no tuviera nada más que decir— tengo el día libre. Pero a la noche no vendré a dormir a casa. Me toca quedarme en el hospital. Ingresaré a las seis. Tú sabes conducir.

—Sí.

—Me llevarás y traerás de nuevo el auto por si lo necesitas.

—No, no.

—Pero... ¿qué te pasa?

Mil cosas le pasaban.

¿Por qué iba ella a dar aquella naturalidad a su convivencia, si un día tendría que dejar aquella casa a la que estaba tomándole cariño?

Fue una comida casi silenciosa. El no sabía qué decir. Tan parlachín como era, y de repente... se le trababa la lengua.

Ella estaba como cohibida, casi cortada. Tan atractiva y a la vez tan silenciosa... producía en Clint como una inquietud íntima, a la cual no sabía ciertamente darle nombre.

Fue después, cuando pasó ella a la cocina con todo el servicio en las bandejas.

—Te ayudaré a secar eso —dijo Clint muy decidido—. Pero...

—¿Crees que nunca lo hice? —rió nervioso—. Mil veces. No me mires así. Lo hice en la casa de huéspedes para pagar mi hospedaje. A la patrona le daba mucha risa al verme con el delantal en torno a la cintura.

—No, no... Lo haré yo. Entonces usted... tú... —rectificó— no eras médico.

—¿Y qué importa la carrera? El hombre está ante todo, con título o sin él, existe. Además, me gusta esta intimidad.

Claro.

También a ella.

Era la intimidad que tenía antes de casarse su padre. Antes, incluso, de que fuese rico. Después, no. Cuando llegaba a casa, todo le parecía más frío. Había doncellas y cocineras, y la falta de intimidad con su padre, le producía como una tristeza insufrible.

—Déjame ayudarte —insistió él.

—Váyase al salón.

—Mildred...

Ella se agitó ruborizada.

No era una chica de mundo.

Era sólo una chica con un pasado frustrado. Sólo eso. Por eso Clint empezaba a admirarla tanto. Ni en su delirio, con el alma al desnudo, la conoció tanto como iba conociéndola dentro de su hogar.

—Vete... al salón —rectificó sofocada—. Tienes allí las zapatillas y el batín...

—Mildred...

—Sí.

—¿Qué debo hacer contigo?

—¿Conmigo?

—Eso digo —insistió cortado—. Me das todo cuanto necesito —y de repente, con aquella naturalidad suya que la empezaba a apabullar, añadió—: ¿Quieres que iniciemos una vida normal de matrimonio?

Mildred abatió los párpados.

Ya sabía él cómo hacía.

Empezó a saberlo el día anterior, cuando la vio por primera vez en su casa.

Tenía no sé qué al abatir los párpados. A él le entraban mil cosas por el cuerpo.

—No —casi gimió sin levantar los párpados—. No.

—¿Por qué no?

La vio girar.

Sofocarse.

Llevar una mano al cabello y apartarlo.

—Mildred...

—Por favor... vete al salón. Lo... tienes todo allí. También el libro que dejaste... sobre la mesita de noche de tu cuarto.

—A mí me gustaría, Mildred.

—Así... —se agitó ella—. Sin sentimientos.

—¿No podían nacer?

—¿Buscarlos? Tienen que llegar solos. Como una fuerza insufrible. Una fuerza que no se puede dominar —se volvió bruscamente hacia él. Clint se encontró cortado.

Tenía razón ella.

Pero él... ¿no sentía aquella fuerza dentro de sí?

—Iré al salón —dijo tan sólo.

—Gra... gracias.

—Ven tú en seguida.

No fue.

La sintió dar las buenas noches desde lejos.

Quiso retenerla.

La necesitaba junto a sí, pero la muchacha corrió. A paso largo, como si tuviera miedo a detenerse. Y Clint también tuvo miedo de llamarla.

Por eso se quedó allí, como incrustado en la butaca, con el pensamiento vacío.

Durmió mal.

Se sentía inquieto.

El, que nunca lo estuvo, empezaba a sentir una inquietud rara. Como si todo dependiera de aquella inquietud que no tenía nombre.

Al levantarse a la mañana siguiente, la vio allí.

Firme, en su sitio, suave y femenina, con la bandeja del desayuno puesta en la mesa del *living*...

XIII

Clint aún vestía el batín, y el cabello seco, alisado con la mano, daba a su rostro una somnolencia perezosa.

—Uno se acostumbra a levantarse temprano —comentó, yendo hacia la mesa del *living*— y no es capaz de quedarse en cama un día que tienes libre.

Mildred ponía el desayuno.

Lo preparaba todo. El zumo, que azucaraba en aquel momento, el café humeante, las pastas, un poco de mermelada...

Clint rió nerviosamente, comentando:

—Me cuidas como si fuese un rey. ¿Sabes que jamás en toda mi vida desayuné así? Ni en casa, por supuesto. Ni cuando era estudiante lo hacía yo en casa. Me iba de la fonda a un café y casi colgado de la barra pedía un café. Es distinto todo, Mildred. ¿No te sientas?

—Sí... sí...

—Después me daré un baño a todo correr y saldremos de compras los dos.

—Doctor...

Clint, que untaba mermelada en un trocito de pan, la dejó en el aire y elevó vivamente la cabeza.

—Mildred, si vuelves a llamarme doctor, no te contestaré.

No sabía dónde meter las manos.

Tenía el desayuno delante y no acertaba a empezar.

Lo que decía en aquel instante.

¡Todo!

El no sabía el efecto que causaba. El no sabía, ni podía saber jamás, que ella no durmió en toda la noche y que aquella intimidad de los dos, estaba causando como un trauma moral indescriptible.

—Mildred... ¿no me has oído?

Asintió con un levísimo movimiento de cabeza.

—Eso es. Vuelve a decirlo. Llámame Clint.

—Es que...

—Te lo ruego —y bajo, de una forma rara, que la confundió—. No sabes cuánto me duele que me llames doctor. Nunca he tenido a nadie que me llamara por mi nombre. Me refiero a una mujer.

—Sí... Clint.

Por encima de la mesa, los dedos de Clint se alargaron. Fueron a caer en la mano débil de Mildred. Por un segundo, y ante aquel contacto, los dos quedaron mirándose confusos, como si se vieran por primera vez en aquel instante.

Fue ella, menos fuerte o más asustada, quien la retiró primero. Clint quedó como violento, como preguntándose qué le ocurría a él.

Por eso se levantó en seguida.

—Iré a darme un baño —dijo esquivando su mirada—. Después saldremos. Tengo que presentarte por las tiendas del barrio.

—Clint...

Se volvió apenas desde la puerta.

—¿Sí?

—Creo que... —parpadeó aturdida—. Creo que... no debiera... debieras... Después de todo, esto... esto... se acabará un día. Creo que es mejor... —estaba roja y no miraba hacia él— dejar las cosas así...

Clint dio una patada en el suelo.

—No sé si acabará o no. Creo que no debe acabarse. No espero yo que se acabe. ¿Por qué no has pensado en lo que te dije ayer? Podríamos... empezar bien...

Mildred se levantó y cargó con la bandeja.

Clint se cerró en su cuarto y luego en el baño.

Al salir de aquél, encontró su ropa sobre la cama. Camisa, traje, corbata, suéter... Los zapatos brillantes en el suelo.

Se quedó envarado. Mirando al frente con expresión emotiva.

Aquella chica sabía cuánto necesitaba. Y lo que debía ponerse. Aquella Mildred... era una mujer de verdad. Emocionado a su pesar, se vistió y miróse al espejo.

—No valgo un centavo —rió a su propia imagen— y me parece que tiene razón Law. Me estoy enamorando como un tonto...

Pero sacudió la cabeza.

La sacudió con fuerza y se dirigió a la cocina llamando a Mildred.

—Estoy aquí —dijo ella humildemente.

La miró cegador.

Tenía el abrigo puesto y el bolso colgado al hombro.

—¿Ya estás lista? Pues vamos. Vamos a hacer el recorrido por las tiendas del barrio.

—Yo pienso...

La asió del brazo y abrió la puerta, empujándola suavemente.

—Ya me lo dirás en otra ocasión.

Se dejó llevar.

Y ya en la calle, Clint murmuró satisfecho:

—Iremos a pie. Es mejor. Hace frío, pero luce el sol. Hace una buena mañana.

—Tengo todo sin hacer en casa. Necesito llegar en seguida.

—Has tenido tiempo para elegir mis ropas —y riendo nerviosamente—. ¿Sabes, Mildred? Jamás nadie lo hizo. Es la primera vez que no tengo que pensar qué traje voy a ponerme...

Cosa rara en él, que no era orgulloso ni fanfarrón. Y cosa rara, asimismo, por la anomalía de sus relaciones, pero lo cierto es que presentó a su esposa con orgullo y con voz vibrante.

Todos le admiraban y lo querían en el barrio. A decir verdad le quería todo el mundo que lo conocía un poco. Nadie ignoraba que el doctor Smith, pese a trabajar en el hospital, siempre buscaba un momento para atender a sus vecinos, y si uno de ellos carecía de dinero, no le cobraba, y encima le regalaba las medicinas.

—Deseo que lo tengan en cuenta en el futuro —decía alegremente—. Me he casado y he tenido mucho gusto en acompañar hoy a mi mujer para que la conozcan.

Mildred se sentía como aturdida, como alterada. Ella, que ya no esperaba nada de la vida, de repente encontraba un hombre así. Un hombre lleno por dentro. Rebosante de generosidad, de bondad, de emotividad.

Al regreso a casa, tres horas después, Clint reía.

—Los dejó asombrados. No creían que yo me casara tan pronto.

Mildred respiró fuerte.

—Es que en realidad... no se ha casado, señor.

—¿Otra vez?

—Esto... debe acabarse.

Clint la miró desconcertado.

Pensó de súbito que hacía mucho tiempo que no veía al padre Sam. Tenía que hablar con él. Contarle sus cosas, referirle aquella alegría íntima suya, y que el padre Sam le ayudase a averiguar a qué se debía.

—No debe acabarse —dijo en alta voz, con acento vibrante—. Eso no. Creo que debemos empezar. ¿No te lo dije ayer? ¿Por qué no podemos hacer de nues tro matrimonio ficticio una verdad?

Mildred parpadeó.

Llegaban al portal.

Se perdían juntos en el hueco del ascensor.

—Yo creo...

—No, Mildred. Tú no crees nada. ¿No te gusto?

—Señor.

—Clint.

—Está bien, Clint. ¿Se compone la vida de eso?

—¿De qué?

—De que un hombre y una mujer se gusten.

—Y se necesiten.

—Son dos cosas que, en este caso, están forzadas.

—¿Lo dices por ti?

—Debo decirlo por los dos.

El ascensor se detenía.

Ambos salían casi a la vez.

Clint se sitió junto a la puerta y abrió ésta.

—Pasa. Te ayudaré a hacer la cama. No me mires así. Mil veces hice mi cama antes de irme a la clínica.

—Pero ahora la hago yo...

—No es fácil prescindir de ti, Mildred.

—Pero usted... tú sabes aquello.

—¿Aquello?

—Me da rabia. Me da no sé qué.

La vio más al desnudo.

El alma entera. Su temperamento emocional. Su personalidad.

Clint cerró de golpe y empezó a reír.

—Nadie tiene idea de «aquello». Para mí no existe.

Y empezó a moverse por la casa, como si nada de cuanto había dicho o había oído, tuviera demasiada importancia.

Durante todo el resto de la mañana, Mildred se dedicó a la casa. Al mediodía tenía la comida lista, la casa recogida, entre tanto Clint llamaba por teléfono.

—Mañana nos mandarán una sirvienta —dijo, apareciendo en la cocina.

Mildred se volvió casi con violencia.

—No —casi gimió—. No.

Clint se la quedó mirando asombrado.

—De momento... no —añadió ella bajo, casi a punto de sollozar—. Prefiero hacerlo yo, a tener en casa una persona que lo fiscalice todo. ¿No valgo? ¿No sé desenvolverme en el hogar?

Clint empezaba a desear como una barrera que los separara. Le asustaba aquella soledad. Lo que él estaba deseando de Mildred. Una mujer extraña en la casa, restaría intimidad. Y él tenía miedo de aquella intimidad.

—Mildred... no quieres en serio.

—No —se sofocó la muchacha—. No.

—Entonces tendré que volver a llamar.

—Sí... te... lo ruego.

Clint desapareció y regresó al rato.

—Ya está. Tú dirás cuándo quieres... que venga una sirvienta. Te digo que podemos pagarla. Yo no le doy mucha importancia al dinero, porque nunca tuve mucho, pero ahora, ya sé que sin dinero no se consigue nada.

La ayudaba a poner la mesa. Y después se quedó tumbado en el *living*, mientras ella lo recogía todo, porque cuando intentó ayudarla, Mildred lo miró anhelante, rogando a media voz.

—Lo haré yo sola. Por favor... déjame hacerlo a mí sola.

Se durmió en el canapé, e incluso notó que lo tapaban con una suave manta de viaje. Soñó que tenía esposa. Una esposa morena de ojos violeta como Mildred, y unos hijos. Unos hijos que hacían ruido y jugaban en torno a él, y trepaban por sus rodillas y decían cosas.

Y soñó que a la noche, los niños dormían y él estaba solo con su mujer. Con Mildred. Una Mildred apasionada y emotiva, que lo amaba...

XIV

—Salí de casa sin ser visto. Dejé una nota sobre la mesa del *living*.

El padre Sam lo miró asombrado.

—¿Por qué lo hiciste así?

—No sé. Estaba... —pasó los dedos por la frente—. Estaba como embebido aún en el sueño. Un delicioso sueño, padre. Por eso de repente pensé que usted podría ayudarme.

—¿Estás enamorado de tu mujer?

—Es mi esposa. No ha sido aún mi mujer.

—Tú me entiendes.

—Sí.

—¿Lo estás?

Clint se revolvió en el asiento. Pensó que todo el mundo era feliz a su manera. El padre Sam vivía entre cuatro paredes desnudas de un cuarto del hospital, y, sin embargo, nadie podría dudar de su auténtica felicidad. ¿Por qué él dudar de la suya propia?

—No sé si la amo.

—No me hables de deseo.

—Existe.

—¿Sólo?

Clint se movió inquieto en la silla muy dura.

—No hay. amor sin deseo. Eso me ocurre. La deseo y me asusta la intimidad.

—Díselo.

—Es duro.

—¿Ser sincero?

—Lastimar una sensibilidad así. Usted la conoció en su delirio. Su dignidad la obsesionaba. ¿Debo lastimarla yo, hablando de mis sentimientos?

—Tú lo has dicho. Si son sentimientos... ¿por qué no?

—Nunca pensé...

—¿En que los sentirías?

—Sí.

—Ya se sabe lo que es la convivencia entre un hombre y una mujer. O surge la indiferencia para toda la vida, o se cansan uno del otro, o se aman... Díselo claro a Mildred.

—¿No la ofenderé?

—¿Puedes callarte, aun suponiendo que la ofendas? Di, ¿puedes?

Clint bajó la cabeza.

—No. Esa es la verdad. No puedo.

—Pues vuelve a casa y díselo. La verdad, ¿eh? No la disfraces. Dila al desnudo. Como la sientes y como la deseas.

—¿Y si ella no me entiende y tergiversa el sentido de mi sinceridad?

—¿Es que la consideras tonta?

—Conozco su sensibilidad.

—Aun así. No la lastimas. Sólo eso debes evitar.

Regresó a casa confuso y perdido en un mar de dudas.

Eran las nueve cuando introdujo el llavín en la cerradura.

Oyó voces.

Y se quedó envarado.

Mildred decía quedamente:

—Pensé que lo sabías, papá. Lo pensé.

—Lo de Cary, no. Seguramente a Maggie se le olvidó decírmelo. Pero, de todos modos, prefiero que te hayas casado con el doctor Smith. Me hablaron muy bien de él.

—Un hombre excepcional.

—Te lo mereces, hija.

En aquel instante apareció Clint en el umbral del salón. Mildred se puso en pie como impedida por un resorte.

El caballero, que estaba sentado frente a ella, también se levantó. Era alto y enjuto. Tenía el cabello gris y los ojos como cansados.

—¿Smith? —preguntó yendo hacia Clint.

Este alargó la mano.

—Es Clint Smith, papá —dijo la voz temblona de Mildred.

—Tengo mucho gusto en conocerte, muchacho. No sabes cuánto agradezco lo que hiciste por mi hija. Yo no sabía que Cary había muerto... Perdón...

—No tiene importancia —dijo Clint serenamente—. A los muertos se les olvida con facilidad. Es triste admitirlo así, pero nada existe para remediarlo. Tal vez ni siquiera es conveniente un remedio. Todo se olvida. El pasado, la muerte... Hemos de vivir del presente y del futuro.

—Ciertamente —admitió el caballero sin comprenderlo—. He venido desde Nueva York para ultimar un asunto relacionado con mi casa de seguros. He decidido establecerme allí. Me marchó hoy mismo —miró el reloj—, en el avión de las diez. No quise dejar Boston sin ver a mi hija. Me alegro que esté casada.

Mildred fue a abrir los labios, pero Clint le atajó.

—Puede usted marcharse tranquilo. Mildred y yo somos muy felices.

—Se nota —miró en torno suyo—. Vivís muy bien. Si un día me necesitáis para algo...

Mildred también fue de nuevo a abrir la boca, pero otra vez Clint la atajó.

—Gracias. Pero ya sabe usted que yo trabajo. Nos arreglamos perfectamente. Andando el tiempo, aún pienso comprar una casita en la costa para nosotros y los hijos que lleguen.

—¿Los esperáis ya?

Clint no miró a Mildred.

Pero dijo riendo:

—No, pero no tardarán. Es lo que siempre se espera, cuando uno se casa.

—Bueno, debo irme. Hace más de una hora que estoy con Mildred. Sentí que tú no estuvieras.

Los dos le acompañaron hasta la puerta.

Hubo como un embarazoso silencio cuando Dick Lakes salió.

Mildred regresó a la cocina. Estaba preparando la comida. Clint fue tras ella y se quedó algo envarado en el umbral.

Después de un silencio, Mildred, sin volverse, dijo con un hilo de voz.

—Maggie no se lo dijo...

—No le dijo... ¿qué?

Observó que los hombros femeninos oscilaban un poco.

Por eso avanzó él y se quedó parado tras ella.

—¿Decirle... qué?

—Que... iba a tener un hijo.

Otro silencio.

Después...

—Mejor.

—Se lo dirá ahora. Es seguro que se lo dirá. Yo... no me atreví a contarle por qué me casé contigo. Sólo le dije que sufrí un accidente y te conocí allí... en el hospital.

—Has hecho bien.

—Pero es una mentira.

—¿Mentira? Has silenciado parte de la verdad, pero no has mentido al referirle la otra parte. Tal vez Maggie dejó para el golpe final la noticia. Peor para ella.

—Papá se sentirá vejado, dolido, cuando ella se lo diga.

—Olvídate —se inclinó hacia la espalda femenina—. Olvídate. Yo estoy aquí para desmentirlo.

Quedó casi pegada a él.

Con la cabeza alzada, parpadeante.

—Tú... no has dicho jamás una mentira.

—Pero la diré en tu defensa. Esa y mil. Le ha salido mal el juego a tu madrastra. Esperó demasiado. Ha llegado tarde, o llegará, cuando decida dar la puñalada a su marido.

—Papá... sufrirá.

Clint elevó los brazos.

Sus dos manos cayeron en los hombros femeninos. Y así, como estaba, le buscó los ojos.

—Mildred...

—Sí.

—No me hurtes tus ojos. Me alegro, ¿sabes? Me alegro que tu padre elija Nueva York, para su residencia futura. Maggie lo convenció sin duda, esperando hacerte más daño. Dejarte más sola. Pero nuevamente se equivocó Maggie.

Intentó apartarse.

Pero Clint la sujetó más fuerte.

—Mildred... estás llorando.

—No.

—¿Y qué es esto?

Y pasaba los dedos por las pupilas húmedas.

Mildred volvió la cabeza a un lado.

—No merezco...

—Lo mereces todo. ¿Sabes? Vamos a cenar y luego iremos al cine, y después vendremos caminando a pie. ¿Quieres?

—¿Por qué haces todo eso por mí? Yo no lo merezco.

Súbitamente, Clint la apretó en sus brazos.

La sintió palpar en ellos, temblar.

—Clint...

—¿Ves? Me gusta... me gusta que me llames así. Me gusta mucho. Vas aprendiendo pocoa poco...

Y, no supo cómo, se encontró besándola en plena boca.

Hubo cómo un asombro.

Como un sobresalto.

Pero Clint la besaba largamente, con los labios abiertos, y en un segundo, no supo cuál, sintió la boca de Mildred diluirse en la suya.

Después la sintió escapar.

—Mildred...

—La... comida —dijo ella a media voz.

Clint rió.

Una risa fuerte.

Una risa abierta.

—Pondré la mesa —dijo como si no pasara nada—. Comeremos muy de prisa, y luego nos iremos al cine.

Fue una comida rara.

Mildred le huía los ojos.

El hablaba.

De cosas. ¿Qué importaba qué cosas? Hablaba para llenar aquel hueco.

De tal modo, que al final de la comida, Mildred son reía y casi lo miraba con naturalidad.

—Ve a buscar tu abrigo —le dijo después.

—Tú tienes que madrugar...

—O no. Ya se verá.

—Pero...

—¿No quieres venir conmigo al cine?

—Sí... sí...

XV

Tardaba mucho en aparecer.

El colgó de nuevo su abrigo en el perchero y caminó pasillo abajo, hacia la alcoba de Mildred.

De repente, al verse ante aquella puerta abierta, se quedó un tanto suspenso, asombrado. Sus labios apenas se abrieron para llamar.

—Mildred...

—Ya... ya voy.

Clint dio un paso al frente.

No supo en qué momento se vio en el interior de la alcoba.

El jamás estuvo en una habitación femenina. Salvo la de su tía Sofía, que estaba siempre revuelta, y la de la niña de la fonda, cuando iba a llevarle el gato.

Aquella en la cual habitaba Mildred, era distinta.

Por todas las esquinas olía a mujer. A mujer joven, muy femenina.

—Ya estoy lista —dijo ella confusa, dando la vuelta en el tocador.

Clint la miró quietamente.

Si él tuviera valor...

Valor para decirle... ¿Decirle, qué?

¿Encontraría él palabras para decirle a Mildred lo que sentía?

Sacudió la cabeza como si pretendiera disipar una preocupación.

—Sí, vamos.

Pero no se movía.

La miraba a ella, vestida primorosamente. Miraba después cuanto le rodeaba. Los tarritos del tocador, las prendas sobre la cama. Las que se había quitado momentos antes. La puerta del baño abierta, aún oliendo a perfume de jabón fresco.

—Ya... estoy dispuesta —volvió a decir Mildred, como si pretendiera llamar su atención.

—Oh, sí.
Pero seguía mirando en torno.
—Es una alcoba bonita —dijo a lo tonto.
—Sí.
—Dirás que soy tonto, pero jamás estuve aquí.
—Es raro.
—¿Raro?
Ella parpadeó bajo el peso grave de su mirada.
—Estuve antes —explicó—. Cuando la alcoba no te nía personalidad propia. Ahora la tiene.
—Como... todas.
—Diferente —rió nervioso—. Muy... diferente.
—Ya... podemos marcharnos...
—Claro.
Pero seguía allí.
Iba de un lado a otro.
Tocaba la sobrecama con sus dedos. El respaldo de la silla, los frascos del tocador.
Levantó uno.
—¿Para qué sirve esto?
—Es *rouge* para los labios.
—Ah —levantaba otro—. ¿Y esto?
—Perfume.
—Huele bien —y lo llevaba a la nariz.
—Se... hace tarde.
Clint volvió a reír.
Una risa sofocada. Algo nerviosa.
—Sí, sí. Tienes razón —pero levantó otro frasco y le dio vueltas entre los dedos—. ¿Y esto para qué sirve?
—Es crema para la noche.
—Oh —y riendo algo guasón—. ¿Te la pones?
Mildred dobló el abrigo en el pecho.
—No... La tengo, pero casi nunca la pongo.
—Debe ser algo fastidioso, ¿no?
—Sí, creo que sí.
—Sobre todo si te acuestas con tu marido.
Lo dijo con naturalidad.
Mildred se menguó.
—Se nos hace tarde —dijo con un hilo de voz.

—Qué tonto soy —se agitó Clint yendo hacia la puerta—. Te invito al cine y te estoy haciendo perder el tiempo.

—No, no... Pero si vamos a ir... —caminaba por delante de él en el pasillo— no salgas sin abrigo.

Clint lo puso con precipitación y salieron ambos hacia el ascensor.

—Siempre te preocupas por los demás.

—Como tú.

—¿Lo ves? Es fácil entenderse, cuando los seres que viven juntos, son lo bastante desprendidos para ocuparse uno del otro.

Cerró el ascensor.

Fue al girar después de apretar el botón de la planta baja. Tropezó con ella. No supo cómo hizo. Cerró los ojos y se oprimió en ella, que quedó como incrustada en el mamparo.

—Hará una buena noche —dijo como si no hiciera nada.

Y de la misma manera, con aquel ademán suyo que ella ya conocía, le metió el dedo bajo la barbilla y se la elevó. La miró a los ojos. No supo en qué instante la besó largamente en los labios. Después, como si nada hiciera, riendo en la boca abierta de Mildred, murmuró:

—Me gusta que seas feliz. Me... parece que lo eres...

Nadie podría comprender cómo estaba Mildred de nerviosa y excitada.

Por eso, cuando se vio penetrando en el salón de cine, casi respiró.

¿Qué iba a pasar?

No sabía negarle nada a Clint.

Era como si... como si toda la vida estuviera esperando un hombre así. Un hombre que no era guapo, que no era ni siquiera elegante, pero que era un hombre, en toda la extensión de la palabra. Un hombre emocional, emotivo, cariñoso, generoso. Un hombre con una virilidad indescriptible.

Ni sus pecas, ni su pelo de espiga, ni su estatura más o menos corriente, podían significar gran cosa. La hombría de Clint Smith estaba dentro. Dentro de sus ojos, de su boca, de su corazón, de toda su alma. Era un hombre íntegro, pero sin superficialidades. Un hombre como jamás conoció otro.

Por eso llenaba. Por eso emocionaba. Por eso lo acaparaba todo sin decir que lo estaba acaparando.

—No sé lo que venimos a ver —dijo Clint riendo, interrumpiendo así los pensamientos de la mujer que iba a su lado, pasillo abajo, por el salón de cine—, pero creo que no importa gran cosa. Cuando uno decide ir al cine...

—Silencio —dijo alguien.

Clint bajó la voz.

—Ha empezado ya. Tengo yo la culpa.

—No importa.

—Aquí —dijo el acomodador.

Se sentaron.

Le ayudó a quitarse el abrigo. Lo dobló en sus rodillas, junto con el suyo.

—Deja —dijo Mildred quedamente—. Los puedo sujetar yo.

—Lo haré yo.

Y con la mayor naturalidad, como si aquello ocurriera todos los días, le pasó un brazo por el suyo y sus dedos le buscaron la mano.

No la rescató.

Sentía la tibieza de los dedos de Clint en su muñeca.

La cinta representaba a una pareja feliz, perdida en un bosque.

Los ojos de Mildred miraban, pero sentía los dedos de Clint subir y bajar por su brazo, bajo la manga del suéter negro.

De vez en cuando, él se inclinaba y le decía al oído:

—¿Te gusta?

Si no podía concentrarse.

Si estando a su lado, sólo se podía sentir eso, estar con él. Lo acaparaba todo. Lo llenaba todo.

—Sí —decía con un hilo de voz.

Clint apenas reía en su oído, y sus labios la besaban en la mejilla.

—Para.

—No puedo.

—La película...

—Sí.

Pero no le prestaba ninguna atención.

Fue una velada emocional, más que recreativa.

Al salir, aún tenía en su brazo como la huella de los dedos acariciantes.

¿Qué iba a pasar aquella noche?

¿Podría ella decirle que no?

No podía.

Estaba como llena de él.

—Ponte el abrigo...

—Es verdad.

—Ni cuenta te dabas que aún lo tenía yo.

—No... no me daba cuenta.

Le ayudó a ponerse el abrigo y luego le pasó un brazo por los hombros. Se perdieron calle abajo, entre las pocas personas que salían a la par que ellos.

Unos tomaron por un lado y otros por otro.

Ellos se perdieron por una bocacalle.

—Hace frío —comentó Clint apretándola contra sí.

Se arrebujó en él.

No podía escapar de aquella mirada masculina que la buscaba en la oscuridad.

De aquella llamada sin palabras.

Era... como una necesidad.

XVI

No se dio cuenta cuando llegaba a casa, ni cuando se cerraron ambos en el ascensor.

Se diría que tenía alas en los pies. O algo raro en el pecho. Era como una palpitación precipitada. No. No era así con Cary.

¡Pobre Cary!

Tenía razón Clint. Los muertos se olvidan.

Se olvidan más que una amargura. Una amargura dura toda la vida. Te deja como un vestigio en el alma y siempre tienes miedo volver a vivirla. Un muerto, no. Se le llora, y luego, poco a poco, se olvida.

—¿En qué piensas?

Le sobresaltó aquella voz tan cerca.

Al abrir los ojos, vio a Clint allí mismo, pegado a ella en la esquina del ascensor.

—No sé.

—¿No sabes?

—No.

—Te dolían los ojos, parecía. Te dolían hasta cerrarlos.

—Tal vez...

—¿Por qué?

Lo sentía pegado a ella.

Quisiera decirle. Pero no podía decir nada.

El ascensor subía y Clint la tenía en sus brazos y la besaba largamente en la boca, doblándola hacia un lado.

—Clint...

—Tenemos que empezar —dijo él roncamente—. Algún día hay que empezar.

—Pero...

—Hoy...

Ya lo sabía.

Debió presentirlo desde un principio. ¿Cuándo empezó a darse cuenta?

—Clint, el ascensor se detuvo.

—Oh, sí...

Pero no la soltaba, y seguía besándola en plena boca, hasta que ella, no supo cómo ni quién la empujó elevó los brazos.

Como si tuviera pereza o demasiada prisa. Todo podía suponerse.

Le rodeó el cuello y Clint lanzó como un gemido.

Siguió besándola.

Y Mildred abrió sus labios.

—Mil... Mildred...

—No sé, no sé... por qué.

El sí lo sabía.

Seguramente nacieron el uno para el otro.

Y se dieron cuenta desde un principio.

—El... el... ascensor.

—Sí, sí...

Pero no la soltaba.

Salieron así, juntos ambos.

Y cuando Clint abrió la puerta, aún seguía sujetando los hombros de su esposa.

A lo tonto, con voz bronca, le dijo:

—Te quitaré el abrigo.

—Deja. Puedo yo.

—Vamos, vamos, déjame a mí.

Se dejó hacer.

Clint quitó primero el suyo y lo colgó, y después le ayudó a ella, que parecía una estatua palpitante.

Después, sin decir nada, la llevó con él...

—Me gusta tu alcoba —le dijo bajo, sofocado

—Clint...

—Anda, me gusta...

No la vio por allí.

¿Qué hora sería?

Muy temprano.

O no.

Buscó el reloj y miró la hora.

Las siete.

Tenía que levantarse para irse al hospital.

Lanzó una mirada en torno, aún somnolienta.

Los tarros sobre el tocador.

El vestido de Mildred sobre el respaldo de una silla. Sus ropas interiores sobre los pies de la cama.

De repente se dio cuenta.

Buscó a Mildred.

La huella de su cabeza allí, pero Mildred no estaba.

Iba a llamarla, cuando de súbito recordó que tenía que irse al hospital. Por eso, no supo en qué instante, se incorporó y buscó el teléfono. Lo tenía sobre la mesa de noche.

Marcó un número.

Una y otra vez sonó aquel timbre en el otro lado, en alguna parte.

Al fin, una voz gangosa preguntó.

—¿Quién es? Residencia del doctor Manley.

—Por favor, pídale que se ponga un segundo.

—Pero si está en cama. No sale a visitar.

—Dígale que soy el doctor Smith.

—Ah. Un segundo.

Una hora le pareció que esperaba.

—Clint, ¿qué ocurre? Ayer me acosté tardísimo, y hoy no pensaba ir por el hospital hasta las once.

—Perdón, doctor. Es que yo no voy ni a las doce. Nunca disfruté un permiso. Lo pido ahora.

Un bufido al otro lado.

Después...

—Condenado, me llamas para eso. ¿Qué pasa? ¿Para qué quieres tú un permiso que nunca te interesó?

—Me marchó una semana con mi mujer.

—Clint...

—Sí —dijo Clint bajísimo, atajándole—. Estoy loco por Mildred y ella por mí.

Hubo un silencio.

Clint se imaginó al doctor Manley emocionado. Era un hombre emotivo el doctor Manley. Emotivo y lleno de humanidad para comprender a los demás.

—Clint... te felicito. Te felicito de todo corazón.

—Gracias.

—Puedes tomarte esa semana Ya estoy despierto. Me iré ahora mismo al hospital.

—Gracias, señor.

Colgó.

Al alzar los ojos, vio a Mildred en el umbral, cubierta con una bata blanca corta, por debajo de la cual se veía el pijama azul.

—Me quedo en casa contigo —dijo Clint quedando en mente.

La vio ruborizarse.

Parpadear.

—Ven, Mildred...

—Clint...

—Ya lo sabemos todo uno del otro. ¿Qué te pasa?

No sabía lo que le pasaba.

Tenía como mil cosas dentro de su ser.

A Clint. Sobre todo a Clint con su pasión, su ternura, su emotividad, su goce infinito.

—Mildred parece que te da vergüenza de mí —le dijo bajísimo.

Mildred avanzó.

Pero, sí, le daba vergüenza.

Fue todo tan precipitado.

¿Cuándo empezó?

¿El día del accidente al verlo en sueños?

¿Después?

¿La noche anterior?

—Ven —decía Clint emocionado—. Ven, tonta.

—Es que...

—Me amas. Dímelo. Tú ya no puedes negarlo.

—Con todos mis defectos... tú me amas a mí, Clint.

—No los tienes.

—Pero...

—Por favor, no. Estamos juntos. ¿Sabes? —la metía con él, le buscaba los labios—. ¿Sabes? Le dije al doctor Manley que me iba contigo una semana. Pero no me voy. Me quedo aquí.

—Has mentido.

Y sus dedos le retiraban el cabello hacia atrás.

Era delicioso estar allí. Allí con Clint. Aquel Clint diferente a todos, que poseía una sensibilidad especial para amarla y demostrárselo.

Era delicioso ser la esposa de Clint Smith y entregarse así, así... sin tapujos. Sin barreras.

—Mildred...

—Sí.

—¿Estás llorando.

—No no...

—¿Y esto? ¿Qué es esto?

Se las bebía.

Y Mildred se oprimió contra él y le decía bajísimo:

—Te quiero, Clint. Te quiero. Nunca, jamás quise a nadie así.

Así... así...

El ya lo sabía.

Tenía que dejar de ser hombre, y lo era mucho, para no darse cuenta.

—Dilo otra vez.

—Mil veces lo diría...

El ruido en la calle empezaba.

Se oían los autos rodar.

La gente pasar.

Hacía calor.

O frío.

Pero ellos estaban allí, cerrando el mundo en un apartamento primoroso, placentero...

—No saldremos a la calle en una semana —decía Clint bajísimo dentro de los labios femeninos que se movían bajo los suyos—. ¿Oyes?

Ya no oía. Lo sentía en sí. Era maravilloso estar allí con Clint Smith, su marido...

FIN